



Cuadernos de Pensamiento N° 33
Número monográfico sobre Karol Wojtyła/san Juan Pablo II
en el centenario de su nacimiento. Volumen 2.

Año: 2020

DOI: <https://doi.org/10.51743/cpe.65>



Juan Pablo II a los sacerdotes

John Paul II to priests

MIGUEL FERNANDO GARCÍA

Universidad Eclesiástica San Dámaso

RESUMEN: El autor desarrolla el artículo en forma de díptico: en primer lugar, se ocupa de la teología y la espiritualidad sacerdotal de Juan Pablo II, vista a lo largo de su itinerario magisterial característico; en un segundo momento, expone, a modo de síntesis, la pastoral sacerdotal que nos ofrece san Juan Pablo II. Salva la distancia entre la realidad ontoteológica y su desenvolvimiento moral a través de una exhortación apremiante a la santidad de vida en la caridad pastoral.

PALABRAS CLAVE: sacerdocio, don, misterio, eucaristía, caridad pastoral

ABSTRACT: The author develops this paper in the form of a diptych. Firstly, he deals with the theology and priestly spirituality of John Paul II, seen throughout his characteristic magisterial journey. In a second moment, the author exposes, by way of synthesis, the priestly ministry that Saint John Paul II offers us. This bridges the gap between ontotheological reality and its moral development through a compelling exhortation to sanctity of life in pastoral charity.

KEYWORDS: priesthood, gift, mystery, Eucharist, pastoral charity

Agradezco la oportunidad que me ofrece la Fundación Universitaria Española para reflexionar sobre la exposición que san Juan Pablo II realizó sobre el sacerdocio a lo largo de su pontificado. Lo considero como uno de los mejores homenajes que, a los cien años de su nacimiento, puedo ofrecer al Papa polaco.

Desarrollo este artículo en forma de díptico: en primer lugar, hablaré de la teología y la espiritualidad sacerdotal de Juan Pablo II vista a lo largo de un itinerario magisterial característico; a continuación, pasaré a exponer, a modo de síntesis de lo estudiado, la pastoral sacerdotal que encontramos en este Papa y que todos sus contemporáneos hemos conocido.

ITINERARIO MAGISTERIAL

El punto de arranque del desarrollo acerca del sacerdocio que Juan Pablo II realizó durante su pontificado engloba, por un lado, la tradición sobre el tema, asimilada en su formación sacerdotal, y vivida y expuesta en su ministerio presbiteral y episcopal. Sin duda tuvieron una repercusión grande en Karol Wojtyła dos documentos de Pío XII: «*Mystici Corporis*» y «*Mediator Dei*». El primero se ve reflejado en la múltiple atención a todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo durante su pontificado: vida consagrada¹ y laicado², mujeres³ y jóvenes⁴, trabajadores y empresarios⁵, fami-

¹ Esta atención se manifestó principalmente alentando su fidelidad al carisma fundacional y promoviendo el ejemplo de los santos fundadores para la Iglesia entera, así como dedicando el IX Sínodo Ordinario de los Obispos (del 2 al 29 de octubre de 1994) y la consiguiente Exhortación Apostólica: IOANNES PAULUS II, «*Adhortatio Apostolica post-synodalis "Vita consecrata" Episcopis et Clero, Ordinibus Congregationibusque religiosis, Societatibus vitae apostolicae, Institutis saecularibus et cunctis fidelibus, de vita consecrata eiusque missione in Ecclesia ac mundo (25-III-1996)*»: *AAS* 88 (1996) 377-486.

² A ellos fue dedicado el VII Sínodo ordinario de los Obispos (1987) y la Exhortación Apostólica postsinodal: ID., «*Adhortatio Apostolica post-synodalis "Christifideles laici", ad Episcopos, Sacerdotes et Diaconos atque Religiosos Viros ac Mulieres omnesque christifideles Laicos: de vocatione et missione Laicorum in Ecclesia et in mundo (30-XII-1988)*»: *AAS* 81 (1989) 393-521.

lias⁶ y misioneros⁷ y, no en último lugar, Obispos⁸, sacerdotes y diáconos⁹, que se encuentran al servicio de todos los miembros de este Cuerpo Místico¹⁰. La grandeza del sacerdocio ministerial, por lo que respecta al segundo

³ La importancia que Juan Pablo II concedió a la mujer aparece en su amor y devoción a la Madre de Dios, ya fijado en su lema «*Totus tuus*». Les dedicó específicamente una Carta Apostólica al finalizar el Año Mariano 1987-1988: ID., «*Litterae Apostolicae “Mulieris dignitatem”, de dignitate ac vocatione mulieris Anno Mariali vertente (15-VIII-1988)*»: *AAS* 80 (1988) 1653-1729. Cf. también Carta 1987, 12; Carta 1988, 5.

⁴ A ellos dedicó numerosos documentos e intervenciones, instituyendo también las Jornadas Mundiales de la Juventud, que incluyen un cuerpo magisterial de gran valor y volumen.

⁵ Citemos, como ejemplo: IOANNES PAULUS II, «*Litterae encyclicae “Laborem exercens” ad Venerabiles Fratres in Episcopatu, ad Sacerdotes et Religiosas Familias, ad Ecclesiae filios et filias, necnon ad universos bonae voluntatis homines: de labore humano, LXXXX expleto anno ab editis Litteris Encyclicis “Rerum Novarum” (14-IX-1981)*»: *AAS* 73 (1981) 577-647; ID., «*Litterae encyclicae “Centesimus annus” Venerabilibus in Episcopatu Fratribus Clericisque et Religiosis Familiis, Ecclesiae Catholicae Fidelibus universis necnon bonae voluntatis hominibus saeculo ipso Encyclicis ab editis litteris “Rerum novarum” transacto (1-V-1991)*»: *AAS* 83 (1991) 793-867.

⁶ Desarrolló un amplio magisterio en bioética y en moral familiar. La pastoral de la familia tiene dos puntos álgidos: 1980, con la celebración de la Asamblea del Sínodo de los Obispos en torno a este tema y la aparición posterior de la Exhortación Apostólica correspondiente (ID., «*Adhortatio Apostolica “Familiaris consortio” ad Episcopos, Sacerdotes et Christifideles totius Ecclesiae Catholicae: de Familiae Christianae muneribus in mundo huius temporis [22-XI-1981]*»: *AAS* 74 [1982] 81-191), así como la institución de Pontificio Consejo para la Familia. La segunda fecha notable es 1994, con la aparición de la Carta a las Familias (ID., «*Litterae “Gratissimam sane” Familiis datae ipso volvente sacro Familiae anno MCMXCIV [2-II-1994]*»: *AAS* 86 [1994] 868-925) en el marco del Año internacional de la Familia. En este año nacerán los Encuentros Mundiales de la Familia promovidos por él mismo.

⁷ Sobre las misiones en la Iglesia destaca el siguiente documento: ID., «*Litterae encyclicae “Redemptoris missio”, de perenni vi mandati missionalis (7-XII-1990)*»: *AAS* 83 (1991) 249-340. Hablan asimismo por sí solos los innumerables viajes realizados por este Papa a territorios de misión.

⁸ A ellos fue dedicada la Asamblea del Sínodo de los Obispos en octubre de 2001 y la Exhortación Apostólica correspondiente, fechada el 16 de octubre de 2003, precisamente en el aniversario de su elección como Sumo Pontífice: ID., «*Exhortación Apostólica postsinodal “Pastores gregis” sobre el Obispo, servidor del Evangelio de Jesucristo para la esperanza del mundo (16-X-2003)*».

⁹ A estos últimos dedicó tres interesantes catequesis en las Audiencias generales de los miércoles (6, 13 y 20 de octubre de 1993): ID., «*Audiencia general (6-X-1993)*».

¹⁰ Cf. MATEOS, *Juan Pablo II*, 7.

documento, se reflejó en la vida y la palabra de Pío XII, y así la asimiló y la expuso, como veremos, el Papa Wojtyła.

Por otro lado, la tradición acerca del sacerdocio confluye en «*Presbyterorum Ordinis*»¹¹, Decreto del Vaticano II sobre el tema. Presentamos a continuación los elementos que nos parecen más significativos de este documento para el estudio relativo a Juan Pablo II¹².

a) «*Presbyterorum Ordinis*»

La síntesis del Vaticano II sobre el ministerio y vida de los presbíteros recoge elementos importantes de la tradición católica, conteniendo también — por ello mismo— los desarrollos posteriores que los Papas realizarán. Las expresiones y temas del documento conciliar se encuentran en el magisterio de Juan Pablo II, quien los explicita una y otra vez a lo largo de su extenso pontificado¹³. Son notables al respecto estas expresiones del citado documento al hablar del presbítero como rector del Pueblo de Dios: «También se atenderá con diligencia especial a los jóvenes y a los cónyuges y padres de familia»; «no olviden los presbíteros que todos los religiosos, hombres y mujeres, por ser la porción selecta en la casa del Señor, merecen un cuidado especial para su progreso espiritual en bien de toda la Iglesia»; «la comunidad local no debe atender solamente a sus fieles, sino que, imbuida también por el celo misionero, debe preparar a todos los hombres el camino hacia Cristo»¹⁴. Todas ellas hacen recordar cómo Juan Pablo II cuidaba e invitaba al cuidado de todos esos campos pastorales.

La centralidad del concepto de Iglesia como Cuerpo de Cristo y del presbítero en él queda expresada en el número 8 del documento conciliar y aparecerá repetidas veces en el magisterio del Papa polaco. Así encontramos en ese número, como también en los números 9 y 12, cómo el fin del sacerdote es edificar el Cuerpo de Cristo. En esta tarea no está solo: los laicos son lla-

¹¹ CONCILIUM OECUMENICUM VATICANUM II, «Decretum “Presbyterorum Ordinis” de presbyterorum ministerio et vita (7-XII-1965)»: *AAS* 58 (1966) 991-1024 (citaremos en adelante: PO número de párrafo).

¹² Cf. MATEOS, *Juan Pablo II*, 8.

¹³ Cf. IOANNES PAULUS II, «Audiencia general (31-III-1993)»: 14 PO 6.

mados a cooperar en esa misión¹⁵. De este fin de edificar la Iglesia se deriva el interés por su dimensión universal, sabiendo que la propia misión está orientada a todas las gentes¹⁶.

Por lo que respecta a la promoción, atención y cuidado de las vocaciones sacerdotales, que —como veremos— es uno de los puntos centrales del pontificado de Juan Pablo II, el documento conciliar lo explana en el número 11. En este mismo número, el presbítero aparece como presencia del Buen Pastor, otro de los temas queridos por Wojtyła¹⁷. La configuración con Cristo será abordada en el número 12 y la celebración cotidiana de la Santa Misa en el 13¹⁸, ambos subrayados en las intervenciones del gran Papa polaco. Notemos que este último elemento fue incluido en el Código de Derecho Canónico de 1983 (c. 276 §2, 2º).

El número 14 incluye un tema que será nota de fondo en «Pastores dabo vobis»¹⁹: la propia entrega como manifestación suprema de la caridad pastoral. Esta virtud se presenta como el quicio de la unidad de vida del sacerdote. En cuanto a la obediencia a la Voluntad divina, tenemos el número 15 y, sobre el celibato, el número 16, que recoge la tradición anterior al respecto y la reafirma como totalmente válida por los grandes beneficios y virtudes que supone.

El sacramento de la Confesión y la vida de oración se exponen en el número 18, con expresiones y énfasis que volveremos a encontrar como notas características en Juan Pablo II. Por último, serán desarrollados por él mismo los elementos que aparecen en el número 19: una adecuada formación para el diálogo con los hombres y el cuidado de los primeros años de ministerio. Tomando las notas anteriores como punto de inicio, veremos cómo la gran

15 Cf. *ibid.* 9. Juan Pablo II desarrolla esta idea en Carta 1989, 5.7 y en Carta 1993, 3.

16 El concepto de sacerdote *fidei donum*, tan resaltado por Pío XII, que aparece aquí (cf. PO 10), como ministro para todo el Cuerpo de Cristo, volverá a aparecer en la doctrina de Juan Pablo II, por ejemplo, en Carta 1991, 2, recogiendo el sentir de la Asamblea del Sínodo de los Obispos celebrada en octubre de 1990.

17 Cf. Carta 1987, 13.

18 También en el número 14 se aborda la centralidad de la Misa en la vida del presbítero.

19 Cf. IOANNES PAULUS II, «Adhortatio Apostolica postsynodalis “Pastores dabo vobis” ad Episcopos, Sacerdotes et Christifideles totius Catholicae Ecclesiae: de Sacerdotum formatione in aetatis nostrae rerum condicione (25-III-1992)»: *AAS* 84 (1992) 657-804 (en adelante citaremos este documento: PDV número de párrafo).

novedad de Juan Pablo II es desarrollar la doctrina de la Iglesia referente al sacerdocio que había sintetizado el Concilio Vaticano II a partir de toda la tradición eclesial²⁰, así como conceder una gran importancia al concepto de Iglesia como Cuerpo de Cristo²¹ y al sacerdote como mediador y ministro (servidor) de Dios y de este Cuerpo²².

b) Cartas de los Jueves Santos

Introduciéndonos específicamente en el magisterio de Juan Pablo II, la doctrina sobre el sacerdocio representa uno de sus puntos principales, por la importancia del tema y por la situación del presbiterado en el momento histórico²³. En efecto, el posconcilio Vaticano II fue un tiempo especialmente duro para los presbíteros y para la reflexión sobre el sacerdocio ministerial²⁴. Uno de los indicadores de esta crisis es el gran número de secularizaciones de sacerdotes, tanto del clero regular como secular. La crisis sacerdotal se manifestó junto a una crisis que podemos llamar «global» (en el mundo y en la Iglesia²⁵).

La reflexión de Juan Pablo II se produce de tres maneras: sistemática (cartas anuales con ocasión del Jueves Santo²⁶ y, en cierto modo, los discursos

20 Así lo vemos en los números 3 y 6 de la Carta de 1979 y en los números 1 y 13 de la Carta de 1980. De una forma magistral se expone esta realidad en Carta 1991, 2, abordando toda la problemática a la que haremos alusión a continuación. La continuidad con la tradición, como no podía ser de otra manera, es elemento esencial en el magisterio de Juan Pablo II; encontramos referencia a esta verdad, al hablar del Catecismo de la Iglesia Católica (*Catechismus Catholicae Ecclesiae* [Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1997]) en Carta 1993, 3.

²¹ Cf. MATEOS, *Juan Pablo II*, 4.

²² Cf. Carta 1980, 2; Carta 1982, 1.2.3.10; Carta 1984, 4; Carta 1989, 8; Carta 2004, 4.

²³ Cf. Carta 1979, 2; Carta 1982, 6; Carta 1990, 3-4; CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, «Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros» introducción.

²⁴ Cf. Carta 1991, 2.

²⁵ El contenido de Carta 1980, por ejemplo, nos da idea de las dificultades por las que pasaba la fe eucarística. Las cartas de 2001 y 2002 presentan la crisis del sacramento de la Confesión y las señales de esperanza en toda crisis (cf. Carta 2001, 5.12; Carta 2002, 3). Cf. también BENEDICTO XVI, «Para el centenario del nacimiento del santo Papa Juan Pablo II (18 de mayo de 2020)».

²⁶ Esta enseñanza sistemática se declara en Carta 1980, 2, que pretende ser continuación de la

sos anuales a la Penitenciaría Apostólica, así como las homilias en celebraciones referidas al sacerdocio o santos sacerdotes; podemos incluir aquí también las catequesis que tuvieron lugar del 31 de marzo al 22 de septiembre de 1993 en las Audiencias generales de los miércoles²⁷), particular (Asamblea del Sínodo de los Obispos de 1990 sobre el tema, el *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*²⁸ —propriadamente de la Congregación para el Clero, pero aprobado por el Papa Wojtyła—, así como discursos y cartas en torno a toda esta temática) y esporádica, al hilo de cuestiones precisas o acontecimientos eclesiales de algún motivo pastoral relacionado.

Comencemos por la reflexión que hemos llamado sistemática. Para cada Jueves Santo, a lo largo de sus 27 años de pontificado (1978-2005), Juan Pablo II dirige una carta a los sacerdotes, directamente o a través de los Obispos²⁹. Tenemos así un total de 24 cartas³⁰. El fin de este magisterio sistemático se expresa en la carta de 1986: «cada año [...] os envío esta carta para ayudaros a reavivar el don inefable que os ha sido conferido por la imposición de las manos (cf. 2Tm 1,6)»³¹. Elige el Jueves Santo para poner de relieve la singular grandeza de este día, que reúne a todos los sacerdotes en torno a Cristo. Es verdaderamente a los sacerdotes a quienes se dedica este día³². Las cartas, como iremos viendo, constituyen un canto de acción de

del año anterior. Asimismo en Carta 1986, 1 y en Carta 1988, 8. Lo hace de una manera velada en Carta 1995, 1; Carta 1997, 1; Carta 1999, introducción; Carta 2000, 2; Carta 2001, 1; Carta 2002, 1.2; Carta 2004, 1; Carta 2005, 1. Este artículo se centrará, como podrá comprobarse, en el análisis de estas cartas que —sin desmerecer al resto de documentos— constituyen fuente por sí solas.

²⁷ Sería muy interesante la reflexión sobre todo este cuerpo magisterial, que excede los límites de este artículo.

²⁸ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, «Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros».

²⁹ Éste es el caso de Carta 1980.

³⁰ No escribió carta en 1981 ni en 2003 (en el Jueves Santo de este año firmó la Encíclica «Ecclesia de Eucharistia»: IOANNES PAULUS II, «Litterae Encyclicae “Ecclesiae de Eucharistia” cunctis Catholicae Ecclesiae episcopis, presbyteris et diaconis, viris et mulieribus consecratis, omnibusque christifidelibus laicis de Eucharistia eiusque necessitudine cum Ecclesia [7-IV-2003]»: *AAS* 95 [2003] 433-475).

³¹ Cf. Carta 1986, 1.

³² Cf. Carta 1989, 1.

gracias al Señor por el don del sacerdocio ministerial y tantos motivos que dicen relación a él.

Entremos en el recorrido por todas las misivas. La carta de 1979³³ se abre con una clave que irá repitiéndose: el hondo sentimiento de fraternidad que el Papa tenía hacia todos los sacerdotes, como expresión de la real hermandad en el sacramento del orden sagrado. Y esto por encima de las diversidades personales o grupales. Llama mucho la atención esta idea, en sano equilibrio con la estructura jerárquica.

En relación a lo afirmado anteriormente, las ideas de «Mystici Corporis»³⁴ aparecen en esta carta, asimiladas a través de la eclesiología de comunión propia del Concilio Vaticano II³⁵. De este modo, el Papa sitúa la función específica del sacerdote en relación al conjunto del Pueblo de Dios: «forma y dirige el pueblo sacerdotal, realiza el sacrificio eucarístico en la persona de Cristo y lo ofrece en nombre de todo el pueblo a Dios»³⁶. Enlazado con ello, trata en los números 4, 5 y 7 de la identidad del sacerdote y su relación con la caridad pastoral. El sacerdote aparece también como ministro del Pueblo de Dios (concepto muy ligado al de mediador) en los números 4, 5, 6 y 11. Aparece pues en el mismo ser sacerdotal la relación con todo el Cuerpo Místico de Cristo.

De la entrega de sí mismo, a la que hacíamos alusión más arriba, trata en el número 5; y en el número 8, del significado del celibato³⁷. Asimismo, en el número 9 habla de las pruebas del celibato en relación al Cuerpo Místico de Cristo. La importancia de la oración se aborda en el número 10, enlazada con la mediación sacerdotal, y en este mismo número hace referencia al papel del estudio.

La carta de 1980 está dedicada a la Eucaristía, con especial atención al

33 La referencia bibliográfica de cada carta aparece al final de este artículo.

34 PIUS XII, «Litterae Encyclicae “Mystici Corporis” ad venerabiles fratres Patriarchas, Primate, Archiepiscopos, Episcopos aliosque locorum Ordinarios pacem et communionem cum Apostolica Sede habentes, de Mystico Iesu Christi Corpore deque nostra in eo cum Christo coniunctione (29-VI-1943)»: *AAS* 35 (1943) 193-248.

35 Cf. Carta 1979, 1. Cf. también, sobre este particular, PDV 59; Directorio 7.17; Cf. MATEOS, *Juan Pablo II*, 5.

36 Cf. Carta 1979, 3. Cf. también Carta 1987,1; Carta 2000, 5; Directorio 12.

37 Cf. también, sobre este tema, PDV 50.

nuevo ritual establecido por el Vaticano II. Comienza hablando del Cuerpo Místico de Cristo y de la importancia de cuidar a los sacerdotes, además de otros elementos. En el número 2 desarrolla la relación del sacerdote con la Eucaristía³⁸, recogiendo la doctrina tridentina según la cual el Santísimo Sacramento es la razón de ser del sacerdocio. Los números 2, 3 y 4 insisten en la espiritualidad eucarística³⁹. Nos parece importante destacar, en el número 8, el acento en la celebración de la Misa *in persona Christi*⁴⁰, enlazado con la sacralidad de la Eucaristía, uno de los temas centrales en esta carta. Unido a ello, el número 9 presenta con claridad el significado del auténtico sacerdocio del presbítero que, en la celebración del Sacrificio de la Misa, restituye el hombre y el mundo a Dios. El presbítero es el único que sacrifica; la participación real de los fieles estriba en los sacrificios espirituales, consagrados por el presbítero en el pan y en el vino y transformados así «verdadera, real y sustancialmente en el Cuerpo entregado y en la Sangre derramada de Cristo mismo». De aquí se derivan, tanto para el sacerdote como para el pueblo, consecuencias muy importantes que este número 9 presenta.

Por su parte, el número 10 se refiere a la adecuada celebración de la Liturgia de la Palabra dentro de la Misa. Será el número 11 el que trate específicamente de la Liturgia eucarística. Tanto este número como el siguiente constituyen una invitación apremiante a todos los fieles y, por un título particular, a los sacerdotes a custodiar la Eucaristía⁴¹ en todas sus dimensiones, ya que es el mayor don que Dios ha entregado a la Iglesia.

Juan Pablo II presenta la carta de 1982 en forma de oración. Pretende con ella alentar a los sacerdotes y reavivar el carisma que recibieron por la imposición de manos⁴², según la expresión, tan llena de significado

³⁸ De este mismo tema tratará en: Carta 1982, 1.10; Carta 1987, 1-2; Carta 2000, 9-10.13. Asimismo, dedicará al tema la Carta de 2004 y la de 2005.

³⁹ Dentro de esto, el número 3 hace aparecer el tema del culto a la Eucaristía y el 4 la relación entre Eucaristía y pastoral.

⁴⁰ Cf. también Carta 1988, 2. 6; Carta 1994, 1; Carta 1995, 3; Carta 2000, 13.

⁴¹ Cf. también Carta 2005, 6.

⁴² Cf. el número 10 de esta carta; Carta 1987, 1; Carta 1998, 7. Recordemos que la expresión que recoge 2Tm es el fin de estas cartas de los Jueves Santos, tal como aparece en Carta 1986, 1.

para todo sacerdote, de 2Tm 1,6⁴³. Es elocuente para ello la idea que aparece en el número 1: cada sacerdote ha sido elegido personalmente por Cristo⁴⁴. También en este número se presenta el sacerdocio como participación del Sumo Sacerdocio de Cristo. De aquí que los sacerdotes sean ministros de los sacramentos y de la evangelización, idea que aparecerá también en el número 3.

En los números 2, 3 y 4, los desarrollos girarán en torno al papel del Espíritu Santo para el sacerdote. No faltarán peligros al ministro ordenado (números 3 y 4), pero la acción y la súplica al Divino Defensor le rodearán de cuidados. El número 5 hace aparecer ante nosotros esta expresión que condensa la Teología del sacerdocio y su disciplina, y resume el contenido del párrafo referenciado: «Este amor nupcial de Redentor, este amor salvífico del Esposo hace fructíferos todos los “dones jerárquicos y carismáticos”, con los cuales el Espíritu Santo “provee y gobierna” la Iglesia (cf. *Lumen gentium* 4)»⁴⁵. En efecto, el amor de Jesucristo por su esposa, la Iglesia, está presente en cada presbítero. Este amor nupcial, indefectible, mueve al Papa a la seguridad de las múltiples llamadas a tantos y tantos jóvenes para ser sacerdotes célibes en la Iglesia Católica. Sus palabras, a las que haremos referencia más adelante, nos llenan de esperanza y certeza casi cuarenta años después. Los llamados, cuya vocación está originada en el amor de Jesucristo, servirán a sus hermanos el Pan de la Vida⁴⁶.

Están también llenas de luz las palabras referidas al amor célibe del presbítero, como reflejo del amor célibe del Sumo Sacerdote, Jesucristo: «¿No es en cambio un deber nuestro como sacerdotes vivir con generosidad y alegría nuestro compromiso contribuyendo con nuestro testimonio y nuestra labor a la difusión de este ideal? ¿No es cometido nuestro hacer que crezca el número de los futuros presbíteros al servicio del Pueblo de Dios, empeñándonos con todas nuestras fuerzas en despertar vocaciones y sosteniendo la función insustituible de los Seminarios, donde los llamados al sacerdocio ministerial puedan prepararse adecuadamente a la donación total de sí mismos a Cristo?».

⁴³ El mismo Juan Pablo II se pone en relación con esta realidad en Carta 1997, 1.

⁴⁴ Cf. también Carta 2004, 3.5.

⁴⁵ Cf. también los números 6, 7 y 8 de esta misma carta de 1982.

⁴⁶ De esta función eucarística del presbítero tratará en los números 7 y 8.

Seguridad de las vocaciones, propuesta, oración por ellas: un trípode que aparece en los números 5, 7, 8 y 9 de esta carta de 1982⁴⁷.

La idea del sacerdote como mediador aparece en los números 9 y 10⁴⁸. En este último número, el Papa resalta el agradecimiento por el sacerdocio e invita a pedir nuevas vocaciones a través de la Virgen. La carta de 1983 se escribe para el Año Santo de la Redención. Comienza con una síntesis de la esencia del sacerdocio. A continuación, en el número 2, Juan Pablo II tiene la audacia de afirmar que el Jubileo tiene un significado especial para los sacerdotes y está dirigido a ellos con una intensidad aún mayor, ya que «ser sacerdote quiere decir estar singularmente en amistad con el misterio de Cristo, con el misterio de la Redención en el que Él da su “carne por la vida del mundo” (Jn 6,51). Nosotros que celebramos cada día la Eucaristía, el sacramento salvador del Cuerpo y Sangre, debemos estar en intimidad especial con el misterio, del que este sacramento se origina»⁴⁹. Por ello invita a que este año jubilar lo sea de renovación para los sacerdotes y para los fieles que tienen encomendados, idea sobre la que volverá más adelante en esta misma carta y en la de 1984.

El Papa afirma en el número 3 de esta carta que la Redención está unida al perdón de la manera más estricta y por ello el sacerdote está al servicio de la Redención en el sacramento de la Confesión. Por ello el Jubileo es el tiempo singular en que la Iglesia renueva «la conciencia de la Redención mediante una peculiar intensidad de la remisión y del perdón de los pecados», en la cual está incluida la remisión de las penas temporales a través de la indulgencia jubilar. De aquí que el Papa invitara a los sacerdotes, especialmente en este tiempo de gracia, a ser maestros de la verdad sobre el perdón y servidores del sacramento de la Confesión, «insustituible manifestación y verificación del sacerdocio ministerial».

En los números 4 y 5, el Papa pide que se produzca un movimiento desde las comunidades parroquiales hacia las diocesanias, y de éstas a la Iglesia universal, movimiento de conversión y, por ello, de renovación espiritual; movimiento que incluya a todos los fieles y a todos los hom-

⁴⁷ Cf. también, sobre este tema, PDV 34-41.

⁴⁸ Aparecerá también de una manera acertadísima en Carta 1991, 2 y en Directorio 6.

⁴⁹ Volverá a esta idea en Carta 2002, 11, en un contexto muy doloroso.

bres; será así un año de misericordia del Señor para los sacerdotes y para los que tienen confiados⁵⁰. Se observa en el escrito el amor entrañable del Papa por los sacerdotes.

Para el Jueves Santo de 1984, el Santo Padre Juan Pablo II envía a todos los sacerdotes del mundo la homilía en el Jubileo de la Redención con el clero (23 de febrero de 1984 en la Basílica Vaticana), de una riqueza exegética y teológica de primer orden. El fin de esta intervención es «renovar y profundizar en unión con vosotros [sacerdotes] la conciencia del misterio de la Redención, que es el manantial vivo y vivificador del sacerdocio sacramental, del que cada uno de nosotros participa»⁵¹.

Al hilo de la invitación del salmo 89 [88], el Papa recuerda a los sacerdotes que son hombres configurados, ministros, administradores, instrumentos de la divina economía de salvación, a la que están unidos sacramentalmente⁵². El Papa hace una descripción de esta economía, que identifica con la gracia de Cristo, en relación al sacerdocio⁵³. En el número 3 llega a decir que precisamente en esto está la peculiaridad de la vocación sacerdotal. Y toma el pasaje de Is 61,12, leído y comentado por Cristo en la sinagoga de Nazaret, para insertar la vocación y misión del sacerdote en la misión mesiánica del Señor. De este modo, la vocación sacerdotal al servicio de la Nueva y Eterna Alianza es insustituible y está llamada a «alcanzar con el sacramento de la Nueva y Eterna Alianza las raíces mismas de la existencia humana sobre la tierra», con el «que se sale al encuentro de la más profunda aspiración del “insaciable” corazón humano».

En el número 4, el Papa invita a redescubrir el contenido y la esencia del sacerdocio en el misterio de la Redención, orientado siempre a la edificación en la unidad del Cuerpo Místico de Cristo. De aquí que la vocación sacerdotal sea una auténtica predilección divina⁵⁴, a la que corresponde la tarea de conservarla con toda la riqueza de sus expresiones, también con el celibato.

⁵⁰ Juan Pablo II, en Carta 1984, 1, agradecerá el modo en que los sacerdotes han respondido a esta invitación, volviendo a exhortar al mismo propósito.

⁵¹ Carta 1984, 1.

⁵² Cf. también Carta 1999, 7.

⁵³ Cf. Carta 1984, 2.

⁵⁴ Cf. también Carta 2000, 3.

Finalmente, en referencia al Buen Pastor, recoge la inserción de los sacerdotes en la caridad pastoral de Cristo. Se trata de un texto sintético de gran riqueza⁵⁵.

La carta de 1985 desea presentar el problema de la relación del sacerdote con cada joven (en este año se celebró el Año Internacional de la Juventud⁵⁶). Al comenzar y acabar la carta, recuerda la ocasión del Jueves Santo como día de la institución de la Eucaristía y del sacerdocio, que es ministerial y jerárquico⁵⁷. Esto constituye la oportunidad para la unión con Cristo, *Sacerdos et Hostia*, fuente del sacerdocio ministerial, en su propio Sacrificio⁵⁸.

Ante el don del presbiterado se imponen en este día gratitud y responsabilidad en hacerlo fecundo⁵⁹. ¿De qué manera? El Papa invita a los sacerdotes a mostrar la accesibilidad, de que gozaba Cristo, respecto a cada joven, de forma que se establezca el diálogo de salvación, como ocurrió con el joven rico⁶⁰. Estos números 4 y 5 de la carta son de un contenido pastoral de primera importancia; un verdadero tratado de pastoral juvenil. Y son la antesala del número 6, que presenta el secreto de la fecundidad pastoral: Cristo puso los ojos con amor en aquel joven. La amplia descripción de este amor se vuelca en la propuesta del número 7: seguir a Cristo. No es sólo la propuesta del Papa, sino la propuesta del mismo Maestro. El sacerdote se mostrará compañero y modelo en este seguimiento, ayudando a discernir su forma concreta, especialmente la vocación sacerdotal o religiosa. Concluye la carta indicando cómo uno de los puntos de meditación el día de Jueves Santo es la

⁵⁵ Cf. Carta 1984, 5.

⁵⁶ El Domingo de Ramos anterior tuvo lugar la convocatoria internacional de jóvenes en la Plaza de San Pedro, en continuidad con el Jubileo de los jóvenes de 1984. Ambos eventos serían el prólogo de las Jornadas Mundiales de la Juventud. Sobre ese «problema» trata también la «Carta a los jóvenes» que acompaña al documento de 1985 que nos ocupa ahora. De la relación del sacerdote con los jóvenes tratará también Juan Pablo II en Carta 1996, 7 y en Carta 2005, 7.

⁵⁷ La explicación de este doble adjetivo aparece muy bien en Carta 1988, 4-5.8; en Carta 1989, 2.4-6; en Carta 1990, 3; en Carta 1991, 1; en Carta 1993, 2; en Carta 1994, 4; en Carta 1995, 4.7-8; en Carta 1996, 2.5; en Carta 2000, 10.

⁵⁸ Cf. también Carta 1987, 1.

⁵⁹ Cf. Carta 1985, 2.

⁶⁰ Cf. Carta 1985, 4-5.

manera en que la vocación nació en el corazón de cada sacerdote y cómo se han de realizar en ellos las palabras del salmo 43 [42],4 vers. Vulg.: *Introibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat iuventutem meam*⁶¹.

La carta de 1986 comienza con una síntesis del memorial que representa el Jueves Santo y cómo los sacerdotes reúnen y guían la plegaria de los fieles en este día. Y añade, recogiendo el sentir y el amor de todos los sacerdotes del mundo: «Pero este día es especialmente grande para nosotros, queridos hermanos sacerdotes. Es la fiesta de los sacerdotes. Es el día en que nació nuestro sacerdocio, el cual es participación del único sacerdocio de Cristo Mediador. En este día, los sacerdotes del mundo entero son invitados a celebrar la Eucaristía con sus obispos y a renovar a su alrededor las promesas de sus compromisos sacerdotales al servicio de Cristo y de su Iglesia»⁶².

Los temas que desarrolle en esta carta llevarán el color del santo cuyo segundo centenario de nacimiento se celebra, san Juan María Vianney. Además de recoger la razón de su importancia para los sacerdotes, la reflexión del Papa se dirige en concreto a su amor a Cristo y a las almas (número 4), los frutos de su ministerio (número 5), sus tres ministerios principales — predicación y catequesis (número 9), confesionario (número 7), Eucaristía (número 8)—, la identidad del sacerdote (número 10) y la configuración con Cristo (número 11)⁶³.

El objetivo específico de la carta de 1987, dentro del general de todas estas cartas al que ya hemos hecho referencia⁶⁴, es resaltar la importancia de la oración en la vida del presbítero. Y esta oración tiene un paradigma en la oración de Getsemaní, oración filial de obediencia⁶⁵, oración sacerdotal y sacrificial, oración que muestra la doble naturaleza de Cristo y su misión redentora en el mundo⁶⁶. El arquetipo cristológico mostrado en la primera parte de la carta se plasma

⁶¹ A esta idea volverá en Carta 1986, 12.

⁶² Carta 1986, 1. Similar idea en: Carta 1987, 1.9; Carta 1988, 7-8; Carta 1989, 1-2.5.8; Carta 1990, 1-2.5; Carta 1991, 1.3; Carta 1993, 1-3; Carta 1994, 1.4; Carta 1995, 3.8; Carta 1997, 1; Carta 1999, 2.4.7; Carta 2000, 2.14; Carta 2001, 6.16; Carta 2002, 11; Carta 2004, 1; Carta 2005, 1. Cf. MATEOS, *Juan Pablo II*, 7.

⁶³ Cf. Carta 1986, 12.

⁶⁴ Vid. *supra*, inicio de este apartado.

⁶⁵ Cf. Carta 1987, 4.

⁶⁶ Cf. Carta 1987, 5-6.

en su segunda parte: «La oración como centro de la existencia sacerdotal» (números 7 a 13). El hecho de que Cristo lleve consigo a los Apóstoles a Getsemaní y les pida vigilar y orar para no caer en tentación⁶⁷, muestra que la oración «había de ser para los Apóstoles el modo concreto y eficaz de participar en la “hora de Jesús”, de enraizarse en Él y en su misterio pascual»⁶⁸. La oración multiforme del presbítero tiene su fundamento en la existencia en Cristo y particularmente, la oración de Jueves Santo, que conduce de la Última Cena a Getsemaní⁶⁹, comprende todo su ser de hombre, cristiano y sacerdote. «Allí somos testigos de la oración del mismo Jesús, que precede inmediatamente al cumplimiento supremo de su sacerdocio por medio del sacrificio de sí mismo en la Cruz»⁷⁰. Más todavía: el Papa afirma que la oración de Getsemaní es el fundamento de la Redención del mundo en el Sacrificio de la Cruz. Y, por ello, los sacerdotes, partícipes del sacerdocio de Cristo, que está unido indisolublemente a su sacrificio, también deben poner la piedra angular de la oración como base de su existencia sacerdotal. Ello permitirá sintonizar su existencia con el servicio sacerdotal, conservando intacta la identidad y la autenticidad de esta vocación, que se ha convertido en su herencia especial en la Iglesia. En concreto, «la oración sacerdotal —especialmente la Liturgia de las Horas y la adoración eucarística—» ayudará a conservar la conciencia de que somos administradores de los misterios de Dios, lo cual significa «ponerse a disposición de los demás y, así, dar testimonio de ese amor supremo que está en Cristo, de ese amor que es Dios mismo»⁷¹.

El número 13 indica que el sacerdote participa de una manera especial en la peregrinación en la fe que es la vida de la Iglesia, ya que está llamado a avanzar guiando a los demás. Esto implica que, como administradores de los misterios de Dios, deben tener una madurez de fe adecuada a su vocación y a sus funciones. El documento conciliar «Lumen gentium»⁷², en sus números

⁶⁷ Cf. Mt 26,41.

⁶⁸ Cf. Carta 1987, 7.

⁶⁹ Cf. también Carta 1999, 7.

⁷⁰ Cf. Carta 1987, 8-9.

⁷¹ Todas estas ideas en Carta 1987, 10-12.

⁷² SACROSANCTUM CONCILIUM OECUMENICUM VATICANUM II, «Constitutio dogmatica “Lumen gentium”, de Ecclesia (21-XI-1964)» 58. 64: *AAS* 57 (1965) 61-62; 64.

58 y 64, indica que María nos precede en esa peregrinación de la fe, nos ofrece un ejemplo sublime y es figura de la fecundidad sobrenatural de la Iglesia, por lo que Juan Pablo II invita a los sacerdotes a fijar la mirada en la Madre de Dios. Esta misma idea se desarrollará en la carta del año siguiente.

La carta de 1988 comienza con las siguientes palabras: «congregándonos en torno a los altares en tantos lugares de la tierra, celebramos de modo especial el memorial de la Última Cena en medio de la comunidad del Pueblo de Dios a la que servimos. En la liturgia vespertina del Jueves Santo las palabras de Cristo, pronunciadas “la víspera de su Pasión”, resuenan en nuestros labios como cada día, y todavía de una manera distinta, en relación con aquella tarde única, que precisamente hoy es recordada por la Iglesia». El Papa desea que en este Año Mariano, de una manera singular, se ponga en relación la institución de la Eucaristía y del sacerdocio con el Misterio de la Encarnación⁷³, considerando que «al celebrar la Eucaristía, mediante nuestro servicio sacerdotal, se hace presente el misterio del Verbo encarnado, [...] que es hijo de la Virgen María»⁷⁴. La maternidad de María en la celebración del Santo Sacrificio hace referencia a su presencia al pie de la Cruz. Dicha maternidad, que se refleja en la maternidad de la Iglesia, ha de estar por ello presente en la conciencia sacerdotal⁷⁵.

En el número 5, afirma el Papa que «el significado esponsal de la Redención nos impulsa a cada uno de nosotros a guardar fidelidad» a la vocación sacerdotal, «mediante la cual hemos sido hechos partícipes de la misión salvífica de Cristo». Y afirma, en relación a ello, que la analogía entre la maternidad virginal de María y la maternidad virginal de la Iglesia es especialmente elocuente para los sacerdotes que viven el celibato, pasando a justificarlo brevemente y a afirmar con contundencia: «es necesario que nuestra elección sacerdotal del celibato para toda la vida esté depositada también en su Corazón». La afirmación continúa con una explicación práctica cristo-mariológica, para pasar después a tratar el ministerio sacerdotal en relación con la mujer.

El número 6 de la carta desarrolla el tema de la amistad específica de los sacerdotes con Cristo, por la que les ha confiado la Eucaristía y el perdón de los

⁷³ Esta carta de 1988 viene fechada el 25 de marzo.

⁷⁴ Cf. Carta 1988, 1.

⁷⁵ Juan Pablo II desarrolla muy profundamente estas ideas en Carta 1988, 2-4.6.

pecados. El número 7, a partir de la referencia bíblica mariana, hace una exposición de la Redención de Cristo, de la que el sacerdote es ministro, especialmente al celebrar la Eucaristía. En ella alcanzan continuamente el momento decisivo del combate espiritual que se desarrolla en la historia y en el cual María «está completamente unida al Redentor, y por esto nuestro servicio sacerdotal está también unido a ella [...]. De este modo todos permanecemos unidos a ella en esta lucha espiritual». Y una acción de gracias mariana por el don del sacerdocio y una exhortación al celo apostólico y a la pobreza⁷⁶.

La carta de 1989, de modo similar a las anteriores, invita a fijar la mirada en Jesucristo al instituir la Sagrada Eucaristía. Sus palabras revelan al que es Redentor del mundo y Sacerdote de la Alianza definitiva. «Por ello el único sacerdocio de Cristo es eterno y definitivo, al igual que es eterno y definitivo el Sacrificio que él ofrece». Y así el sacerdocio de Cristo ha pasado a ser un sacramento de la Iglesia⁷⁷. En este sentido, y con motivo del reciente Sínodo sobre los laicos y de la publicación de la Exhortación Apostólica postsinodal «Christifideles laici»⁷⁸, el Papa invita a reflexionar este año sobre el sacerdocio real de los fieles, que ilumina la vocación sacerdotal ministerial⁷⁹.

Dentro de los múltiples e interesantes desarrollos que presenta el Papa, destaquemos el ministerio indicado en «Lumen gentium» 28: reunir la familia de Dios y conducirla a Dios Padre. Se trata del ministerio de la presidencia de la comunidad para su edificación⁸⁰. Y recalemos también en la relación del sacerdote con el mundo, tal como aparece en Carta 1989, 5: equilibrio entre la vida entre los hombres y no configurarse con este siglo, como pide «Presbyterorum Ordinis» 3⁸¹.

⁷⁶ Cf. Carta 1988, 8.

⁷⁷ Todas estas ideas en Carta 1989, 1.3. Cf. también Carta 2000, 7.

⁷⁸ Cf. IOANNES PAULUS II, «Adhortatio Apostolica post-synodalis “Christifideles laici”, ad Episcopos, Sacerdotes et Diaconos atque Religiosos Viros ac Mulieres omnesque christifideles Laicos: de vocatione et missione Laicorum in Ecclesia et in mundo (30-XII-1988)»: AAS 81 (1989) 393-521.

⁷⁹ Volverá sobre este tema en: Carta 1990, 3; Carta 1993, 2; Carta 1996, 2 (esta Carta tratará sobre la vocación); Carta 1999, 6; Carta 2000, 7.

⁸⁰ Cf. Carta 1989, 6.

⁸¹ Esta idea se desarrolla en Carta 1989, 8. También en Carta 1998, 5, al hablar del don de consejo.

La carta de 1990 concede una importancia capital al Espíritu Santo, particularmente en relación con la Ordenación presbiteral de cada sacerdote y en vistas de la celebración de la siguiente Asamblea del Sínodo de los Obispos, dedicada al sacerdocio y a la formación sacerdotal. Esta carta, como es habitual, comienza con una composición de lugar común: «Nos dirigimos al Cenáculo con Cristo y los Apóstoles para celebrar la Eucaristía *in coena Domini* y para encontrar las comunes raíces que unen en sí la Eucaristía de la Pascua de Cristo y nuestro sacerdocio sacramental, heredado de los Apóstoles»⁸².

Haciendo referencia a las promesas sacerdotales, afirma Juan Pablo II que «constituyen el carácter específico de nuestro ministerio en la Iglesia»⁸³. En cuanto a la labor del Espíritu Santo en el sacerdote, dice: «Él crea cada día; crea en nosotros, siempre de nuevo, aquella realidad que constituye la esencia de nuestro sacerdocio, que confiere a cada uno de nosotros la plena identidad y autenticidad en el servicio sacerdotal, que nos permite “ir y dar fruto” y que este fruto “permanezca” (cf. Jn 15,16)»⁸⁴.

La carta de 1991, utilizando como motivo las palabras de Isaías pronunciadas por Cristo en la sinagoga de Nazaret (Is 61,1; Lc 4,18), sitúa la unción de Cristo como fuente de la gracia santificante y, por ello, de la vocación cristiana y de toda vocación específica en la Iglesia. «En este día miramos, pues, a Cristo, que es la plenitud, la fuente y el modelo de todas las vocaciones, en particular al servicio sacerdotal». Llama la atención, en este sentido, el significado descendente de la mediación de Cristo que aquí presenta el Papa: «De la plenitud del don del Padre que hay en él y que por mediación suya es otorgado al hombre, Cristo instituirá durante esta misma Cena el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, bajo las especies de pan y de vino, y lo pondrá confiadamente —el sacramento de la Eucaristía— en manos de los Apóstoles y, por mediación de ellos, en manos de la Iglesia, para todos los tiempos»⁸⁵.

Todavía en el número 1, el Papa invita en este Jueves Santo a recordar el

⁸² Cf. Carta 1990, 1. Cf. también Carta 2002, 1; Carta 2004, 1.3.5.

⁸³ Cf. Carta 1990, 2.

⁸⁴ Cf. Carta 1990, 2.

⁸⁵ Todas estas ideas aparecen en Carta 1991, 1.

camino de cada presbítero hacia el sacerdocio, la propia Ordenación y el curso del presbiterado. Estas consideraciones tocan profundamente el alma de cada sacerdote, y muy especialmente cuando afirma el Papa: «Todos recordamos el día y la hora en que, después de haber recitado juntos las Letanías de los Santos, postrados sobre el pavimento del templo, el Obispo impuso sus manos sobre cada uno de nosotros, en profundo silencio». A continuación, expone la importancia de la imposición de manos y la *potestas sacra* conferida por esa imposición. Se hacen realidad entonces en el sacerdote las referidas palabras de Is 61,1⁸⁶.

El número 2 de esta carta hace referencia a la Asamblea del Sínodo de los Obispos que se acababa de celebrar, sobre el sacerdocio y la formación sacerdotal. El Papa la describe como una gracia extraordinaria, en particular con relación a la madurez de la visión del sacerdote en los tiempos actuales y «como una honda lectura de la esencia misma del sacerdocio sacramental y, por tanto, también, de la vida personal de cada sacerdote, esto es, de su participación en el misterio salvífico de Cristo: *sacerdos alter Christus*». Entra así a tratar la controvertida cuestión de la identidad del sacerdote, cuya resolución pasará paradójicamente por la conciencia de la necesidad de los presbíteros, «y esto no ya en una forma “laicizada” sino precisamente en aquélla que se desprende del Evangelio y de la rica tradición de la Iglesia».

El Papa recoge en su crudeza el problema de la falta de sacerdotes, habida cuenta del proceso de renacimiento de vocaciones sacerdotales. La desproporción numérica de sacerdotes en los distintos puntos del planeta constituye una invitación a la ayuda recíproca desde las regiones con mayor número a otras más necesitadas. Esta solución no excusa de la oración por las vocaciones sacerdotales y por la madurez de los sacerdotes. «Esta madurez contribuye de modo especial al aumento de las vocaciones. Simplemente hay que amar el propio sacerdocio, hay que comprometerse uno a sí mismo, para que de esta manera la verdad sobre el sacerdocio ministerial se haga atrayente para los demás. En la vida de cada uno de nosotros debe ser visible el Misterio de Cristo, de donde arranca el *sacerdos* como *alter Christus*».

⁸⁶ Juan Pablo II volverá a esta idea en el siguiente párrafo (número 2).

El número 3 de la carta expone cómo el sacerdocio se encuentra totalmente al servicio de la vida divina donada por el Espíritu Santo.

La carta de 1992 constituye la presentación de la Exhortación «Pastores dabo vobis», lo que le confiere bastante brevedad. Juan Pablo II describe la Exhortación como «magisterio de la Iglesia, que recoge la doctrina del Concilio Vaticano II y también la reflexión sobre las experiencias de los veinticinco años transcurridos desde su clausura»⁸⁷. Envuelve esta presentación la parábola de la vid y los sarmientos, en Jn 15, pronunciada en el discurso de la Cena y, por ello, en el primer Jueves Santo de la historia. La carta se cierra con una acción de gracias y la súplica al Señor por los llamados al sacerdocio⁸⁸.

Los sacerdotes son descritos, en la misiva de 1993, como ministros de la Pascua de Cristo⁸⁹, por lo que el Triduo Sacro adquiere para ellos una grandeza singular y especialmente el Jueves Santo⁹⁰. Pero el motivo central de la carta de este año es el Catecismo de la Iglesia Católica⁹¹, de reciente aparición. Éste «es confiado ante todo a nosotros, pastores del Pueblo de Dios, para reforzar nuestros profundos vínculos de comunión en la misma fe apostólica. Compendio de la única y perenne fe católica, constituye un instrumento cualificado y autorizado para testimoniar y garantizar la unidad en la fe por la que Cristo mismo, al acercarse su “hora”, dirigió al Padre una ferviente plegaria (cf. Jn 17,21-23). [...] Al mismo tiempo, este Catecismo nos es dado como punto de referencia seguro para el cumplimiento de la misión, que se nos ha confiado en el sacramento del Orden, de anunciar la “Buena Nueva” a todos los hombres, en nombre de Cristo y de la Iglesia»⁹². Sin embargo, la mejor catequesis y la mejor evangelización será la misma vida y ministerio de los sacerdotes si están enraizados en la Verdad, que es Cristo⁹³.

La carta de 1994 se abre alrededor del don de la Eucaristía, en la cual están incluidos la Iglesia y el Evangelio. Este don se relaciona sustancialmente

⁸⁷ Cf. Carta 1992, 1.

⁸⁸ Cf. Carta 1992, 3.

⁸⁹ La misma idea en Carta 1987, 2.

⁹⁰ Cf. Carta 1993, 1-2.

⁹¹ *Catechismus Catholicae Ecclesiae* (Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1997).

⁹² Cf. Carta 1993, 2-3.

⁹³ Cf. Carta 1993, 2.

con aquel otro del sacerdocio ministerial, «para nosotros presbíteros [...] el don supremo, una particular llamada para participar en el Misterio de Cristo, que nos confiere la inefable posibilidad de hablar y actuar en su nombre. Cada vez que celebramos la Eucaristía, esta posibilidad se hace realidad. Obramos *in persona Christi* cuando, en el momento de la consagración, pronunciamos las palabras: “Esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros... Éste es el Cáliz de mi Sangre, Sangre de la Alianza Nueva y Eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía”»⁹⁴. En efecto, «este ministerio nuestro forma una nueva vida en nosotros y en torno a nosotros»⁹⁵.

En este Jueves Santo del Año internacional de la Familia, el Papa entregaba idealmente a los sacerdotes la «Carta a las Familias»⁹⁶, como punto de llegada de todo un trabajo pastoral —durante el siglo XX— del «evangelio de la familia». Juan Pablo II llega a afirmar en esta Carta, con audacia, que «la pastoral familiar [...] constituye en cierto sentido la quintaesencia de la actividad de los sacerdotes en todo ámbito y a cualquier nivel»⁹⁷ y, ampliando la idea, explica que «el Año de la Familia es para todos nosotros una llamada a hacer todavía más de la Iglesia “casa en la que habita la familia de Dios”»⁹⁸. El desarrollo de esta idea de la Iglesia como familia implica la aparición del *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, entregado este mismo día a Obispos y presbíteros⁹⁹, así como el relieve de cada vocación sacerdotal para la familia y la comunidad cristiana¹⁰⁰.

El tema específico de la carta de 1995 será la presencia de la mujer en la vida del sacerdote, por lo que comienza con un canto mariano polaco y pidiendo se vuelva a considerar la Carta Apostólica «*Mulieris dignitatem*». La primera mujer con la que el sacerdote establece relación es su propia madre,

⁹⁴ Cf. Carta 1994, 1; Carta 1997, 5; Carta 2000, 13; Carta 2005, 1.

⁹⁵ Cf. Carta 1994, 1.

⁹⁶ IOANNES PAULUS II, «Litterae “*Gratissimam sane*” Familiis datae ipso volvente sacro Familiae anno MCMXCIV (2-II-1994)»: *AAS* 86 (1994) 868-925.

⁹⁷ Cf. Carta 1994, 2-4.

⁹⁸ Cf. Carta 1994, 3-4.

⁹⁹ Cf. Carta 1994, 3.

¹⁰⁰ Cf. Carta 1994, 4.

que ha sido instrumento para la vida física, la vida de la gracia y quizá la vocación. A esto se suma la importancia de la Madre de Dios en la Iglesia¹⁰¹.

El mandato de la Última Cena «Haced esto en conmemoración mía» constituye la institución del sacerdocio. Por esto, «para nosotros, como sacerdotes, la Última Cena es un momento particularmente santo». Momento cristocéntrico y, por ello, acompañado de la presencia de la Virgen¹⁰². «María dio la vida al Hijo de Dios, así como han hecho con nosotros nuestras madres, para que Él se ofreciera y nosotros también nos ofreciésemos en sacrificio junto con Él mediante el ministerio sacerdotal. Detrás de esta misión está la vocación recibida de Dios, pero se esconde también el gran amor de nuestras madres»¹⁰³.

De la figura de la madre, pasa el Papa a tratar de la hermana para el sacerdote en los números 4 y 5. La presencia de la mujer es real en la génesis de las vocaciones, hasta tal punto que «para vivir en el celibato de modo maduro y sereno, parece ser particularmente importante que el sacerdote desarrolle profundamente en sí mismo la imagen de la mujer como hermana». En efecto, Cristo nos ha hecho hermanos y hermanas, de modo que el sacerdote puede desarrollar una relación de paternidad espiritual sobre los fieles en cualquier misión a la que sea enviado. Y el don del celibato, vivido en una lógica de fidelidad, garantiza esa relación¹⁰⁴. Por ello «necesita ser defendida conscientemente con una vigilancia especial sobre los sentimientos y sobre toda la propia conducta». En el celibato «se encierra un bien espiritual para cada uno y para toda la Iglesia»¹⁰⁵. Y, con grandísimo dolor, añade: «En el pensamiento y en la oración están hoy presentes de forma especial nuestros hermanos en el sacerdocio que encuentran dificultades en este campo y quienes precisamente por causa de una mujer han abandonado el ministerio sacerdotal. Confiamos a María Santísima, Madre de los sacerdotes, y a la intercesión de los numerosos santos sacerdotes de la historia de la Iglesia el difícil momento que están pasando, pidiendo para ellos la gracia de volver

¹⁰¹ Cf. Carta 1995, 1-2.

¹⁰² Cf. Carta 1987, 2; Carta 1988, 1; Carta 1995, 3.

¹⁰³ Cf. Carta 1995, 3.

¹⁰⁴ La misma idea en Carta 1998, 7.

¹⁰⁵ Cf. también, sobre esto, PDV 29 y Directorio 57-60.

al primitivo fervor (cf. Ap 2,4-5). La experiencia de mi ministerio, y creo que sirve para cada Obispo, confirma que se dan casos de vuelta a este fervor y que incluso hoy no son pocos. Dios permanece fiel a la alianza que establece con el hombre en el sacramento del Orden sacerdotal»¹⁰⁶.

En el número 6 de la carta trata del papel de la mujer en la edificación de la Iglesia¹⁰⁷, como partícipe de la misión profética, sacerdotal y regia de Jesucristo. Sin embargo, el sacerdocio ministerial, por voluntad de Cristo, está reservado a los varones. Juan Pablo II recoge el debate al respecto y lo resuelve¹⁰⁸. Por fin, el número 8 está dedicado a la Sierva del Señor, María, modelo y Señora para el sacerdote¹⁰⁹, y a la exhortación a la santidad sacerdotal¹¹⁰, con la propuesta de la «Jornada para la santificación de los sacerdotes».

La carta de 1996 tiene como objeto particular la descripción del sacerdocio como llamada del Señor. Para ello, comienza tratando el modelo por antonomasia: la vocación de Cristo Sacerdote (número 1). En Él vemos cómo «el misterio del sacerdocio encuentra su inicio en la Trinidad y es al mismo tiempo consecuencia de la Encarnación». Según la Carta a los Hebreos, el sacerdocio de Cristo está vinculado al Sacrificio de la Cruz¹¹¹. La peculiaridad de este sacerdocio es que Cristo es el Sacerdote de su propio Sacrificio.

En los números 3 y 4 se ocupa el Papa de la vocación sacerdotal de los Apóstoles, con alusiones preciosas a su oficio de pescadores¹¹² y dando cuenta de la transmisión del oficio sacerdotal en la Iglesia. El número 2 se ocupa del sacerdocio ministerial en relación al sacerdocio común de los fieles¹¹³. Por su parte, el número 3 presenta la llamada al sacerdocio como una vocación específica que surge en el contexto de la vocación cristiana y con una historia concreta. La llamada al seguimiento que Cristo hizo a los Após-

¹⁰⁶ El Papa volverá sobre esta idea en Carta 1996, 5.

¹⁰⁷ El Papa invita a leer, para este particular, los capítulos II y III de «Lumen gentium».

¹⁰⁸ Cf. Carta 1995, 7.

¹⁰⁹ Volverá a esta idea en Carta 1998, 7.

¹¹⁰ Sobre la santidad sacerdotal tratará también en Carta 2005, 4.

¹¹¹ La misma idea en Carta 1987, 3.

¹¹² Volverá a esta idea en Carta 2001, 7.

¹¹³ Sobre este tema, que aparecerá también en diferentes cartas, se puede ver Directorio 6.

toles se ha venido repitiendo a lo largo de los siglos hasta hoy¹¹⁴, por lo que «debemos estar a menudo en oración, meditando el misterio de nuestra vocación, con el corazón lleno de admiración y gratitud hacia Dios por este don tan inefable»¹¹⁵.

Pero la vocación no es sólo una historia en el pasado, sino un camino a recorrer: «El Señor llama a los presbíteros para varios cometidos y servicios derivados de esta vocación. Pero hay un nivel aún más profundo. Además de las tareas que son la expresión del ministerio sacerdotal, queda siempre, en el fondo de todo, la realidad misma del “ser sacerdote”. Las situaciones y circunstancias de la vida invitan incesantemente al sacerdote a ratificar su opción originaria, a responder siempre y de nuevo a la llamada de Dios». Esta respuesta bien se podría ilustrar con la parábola del buen siervo (Lc 12,35-40). En la respuesta continua del sacerdote a la llamada de Dios hay dos claves que garantizan la fidelidad: vida eucarística y amor al sacerdocio¹¹⁶. «Entonces descubrimos que, en el ser sacerdotes, “nos realizamos” nosotros mismos, ratificando la autenticidad de nuestra vocación»¹¹⁷.

Los números 6 y 7 desarrollan la relación del presbítero con Dios y con sus hermanos, los hombres. La primera viene nominada como *officium laudis*; la segunda se describe en clave de acompañamiento. *Officium laudis* es la vocación de todo hombre, pero especialmente del sacerdote. Lo realiza cuando se une a Cristo Redentor y, de un modo particular, al celebrar los sacramentos. De aquí nace la relación con el *vivens homo*, acompañándole para que cumpla su propio *officium laudis*¹¹⁸. Los números 8 y 9 de la carta constituyen una acción de gracias del mismo Papa al celebrar su cincuenta

¹¹⁴ Carta 1996, 3.

¹¹⁵ Volverá a esta idea en el número 8 de esta misma carta, en Carta 1997, 1.3 y en Carta 2005, 2.

¹¹⁶ Esta misma idea aparecerá en Carta 2000, 14.

¹¹⁷ Cf. Carta 1996, 5.

¹¹⁸ Volverá a esta idea en el himno de gratitud de esta misma carta, número 9. Igualmente la retomará en Carta 1998, 6 y en Carta 1999, 2 (al hablar del tiempo en relación a Dios, especialmente el Triduo Sacro). Cf. también Carta 1999, 4, al hablar de la doxología final de la Plegaria Eucarística. La idea volverá en Carta 2004, 3, al hablar de la Eucaristía, y en Carta 2005, 7.

aniversario de Ordenación sacerdotal¹¹⁹. Retoma el tema de la historia de la vocación, del que trataba en el número 3 de esta carta, para subrayar la importancia de los jubileos sacerdotales, e invita a todos los sacerdotes a unirse a su gratitud en un «*Te Deum* sacerdotal» propio.

La carta del año siguiente, 1997, principia con alusiones a este jubileo sacerdotal celebrado en Roma del 1 al 10 de noviembre de 1996. El Papa hace referencia a la presencia del Sumo Sacerdote en esos días, «del que todos nosotros sacerdotes recibimos la gracia de la vocación y del ministerio» y añade: «Me alegra el hecho de que en las celebraciones del jubileo de mi Ordenación, el sacerdocio de Cristo haya podido brillar en su inefable verdad como don y misterio en favor de los hombres de todos los tiempos, hasta la consumación de los siglos»¹²⁰.

Este año 1997 abre la preparación al Gran Jubileo del 2000 y Juan Pablo II recomienda a los sacerdotes volver a meditar la trilogía trinitaria: «Redemptor hominis», «Dominum et vivificantem», «Dives in misericordia»¹²¹. Además, en los números 3 y 4 de esta carta, desea poner de relieve las Letanías de Jesucristo, Sacerdote y Víctima, ya que «ilustran de manera particularmente rica y profunda el sacerdocio de Cristo y nuestra relación con el mismo»¹²² por su relación con la Carta a los Hebreos.

Añade, a partir de su experiencia, que las palabras de la Consagración eucarística constituyen la actualización y el impulso de toda la vida sacerdotal¹²³. Por eso, al celebrar la Santa Misa, el sacerdote debe tener en la mente el sacerdocio de Cristo¹²⁴. Por último, se refiere al Cenáculo¹²⁵, en el que misteriosamente se congrega la Iglesia cada Jueves Santo para la Última Cena y para escuchar de Jesús las palabras del discurso que siguió a ella. De

¹¹⁹ Para festejar esa efeméride publicará también el volumen *Don y Misterio*: IOANNES PAULUS II, *Don y Misterio. En el quincuagésimo aniversario de mi sacerdocio* (Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1996).

¹²⁰ Cf. Carta 1997, 1.

¹²¹ Cf. Carta 1997, 2.

¹²² Cf. también Carta 2004, 7.

¹²³ Cf. Carta 1997, 3.

¹²⁴ Cf. Carta 1997, 4.

¹²⁵ Cf. también Carta 2001, 16.

él subraya el Papa la amistad de Cristo hacia los sacerdotes en relación a su ministerio específico y la fecundidad que desea de estos ministros¹²⁶.

La carta de 1998 constituye una invocación al Espíritu Santo¹²⁷ en la expectación del Gran Jubileo del año 2000, ya que el Paráclito guarda una relación tan estrecha con el sacerdote. El Papa fecha esta carta en la Anunciación del Señor, festividad tan relacionada con su temática y que Juan Pablo II refleja en muchos de sus términos. El número 1 constituye una síntesis pneumatológica, mientras que ya en el número 2 se pone al Espíritu Santo, en concreto, en relación con la Eucaristía y con el sacerdocio, el de Cristo y nuestro por Él¹²⁸. En efecto, la medida del amor de Jesucristo es el don de la Última Cena: la Eucaristía y el sacerdocio, instituidos para ser perpetuados y poder alcanzar la Redención a todos los hombres. Y son obra de Jesucristo en virtud del Espíritu Santo¹²⁹.

Los números 3 a 5 de la carta son un resumen de la teología de los dones del Espíritu Santo. En relación al ministerio sacerdotal, interesa resaltar lo que dice al final del número 4: «En virtud de este ministerio, a los sacerdotes se les da la potestad de transmitir el Espíritu a los fieles por medio del anuncio autorizado y garantizado de la Palabra de Dios, en la guía del pueblo cristiano y en la distribución de los sacramentos»¹³⁰. Por supuesto, interesa la acción de cada don en el sacerdote, tal como aparece descrita en la segunda parte del número 5. Los números 6 y 7, en la cumbre del himno *Veni, Creator Spiritus*¹³¹, muestran cómo el sacerdote, con los fieles a él confiados, caminan hacia la plena comunión con Dios Trinidad. El número 7, en particular, rememora el momento de la Ordenación, para suplicar al Espíritu Santo sea la fortaleza del sacerdote. Conviene recoger las palabras de Juan Pablo

¹²⁶ Cf. Carta 1997, 5.

¹²⁷ Recordemos que la carta de 1982 tuvo como uno de sus temas centrales a la Tercera Persona de la Trinidad Santísima (vid. supra).

¹²⁸ Cf. también Carta 1999, 4.

¹²⁹ Cf. Carta 1990, 5; Carta 1998, introducción.2.

¹³⁰ Juan Pablo II recoge aquí el magisterio de Pablo VI en la fiesta de Pentecostés de 1969.

¹³¹ Cf. *Officium Divinum ex decreto Sacrosancti OEcumenici Concilii Vaticani II instauratum auctoritate Pauli PP. VI promulgatum. Liturgia Horarum iuxta ritum romanum II. Tempus Quadragesimae. Sacrum Triduum Paschale. Tempus Paschale. Editio Typica* (Typis Polyglottis Vaticanis, Città del Vaticano 1973) 795.

II, algunas de cuyas ideas subrayó en su libro *Don y Misterio*: «Mientras meditamos hoy, Jueves Santo, sobre el nacimiento de nuestro sacerdocio, vuelve a la mente de cada uno de nosotros el momento litúrgico tan sugestivo de la postración en el suelo el día de nuestra Ordenación presbiteral. Ese gesto de profunda humildad y de sumisa apertura fue profundamente oportuno para predisponer nuestro ánimo a la imposición sacramental de las manos, por medio de la cual el Espíritu Santo entró en nosotros para llevar a cabo su obra. Después de habernos incorporado, nos arrodillamos delante del Obispo para ser ordenados presbíteros y después recibimos de él la unción de las manos para la celebración del Santo Sacrificio, mientras la asamblea cantaba: “agua viva, fuego, amor, santo unguento del alma”. Estos gestos simbólicos, que indican la presencia y la acción del Espíritu Santo, nos invitan a consolidar en nosotros sus dones, reviviendo cada día aquella experiencia. En efecto, es importante que Él continúe actuando en nosotros y que nosotros caminemos bajo su influjo. [...] Cuando acecha la tentación y decaen las fuerzas humanas es el momento de invocar con más ardor al Espíritu para que venga en ayuda de nuestra debilidad y nos permita ser prudentes y fuertes como Dios quiere. Es necesario mantener el corazón constantemente abierto a esta acción que eleva y ennoblece las fuerzas del hombre, y confiere la hondura espiritual que introduce en el conocimiento y el amor del Misterio inefable de Dios»¹³². La docilidad al Espíritu Santo tiene su modelo perfecto en el *fiat* de la Virgen¹³³. En él, el sacerdote podrá vivir los consejos evangélicos¹³⁴.

La carta de 1999 está dedicada al Padre eterno y el Papa desea que los presbíteros vivan en este espíritu el año que concluye siglo y milenio. A la vez, invita a dar gracias a Dios por tantos sacerdotes que han entregado su vida al Señor, especialmente en el martirio¹³⁵. Realmente, las palabras de Cristo en la Cruz son familiares al vivir y al morir de los sacerdotes. «Su Pascua es nuestra Pascua»¹³⁶. El número 4 de la carta trata la doxología final

¹³² Cf. también Carta 1999, 7.

¹³³ Cf. Lc 1,38.

¹³⁴ Cf. Carta 1998, 7.

¹³⁵ Cf. Carta 1999, 2. Cf. también Carta 2000, 5.

¹³⁶ Cf. Carta 1999, 3.

de la anáfora y el número 5 de la importancia del Padrenuestro dentro de la Misa. En el número 6 se habla de la celebración de la Santa Misa y del sacerdote como maestro de oración con expresiones dignas de ser reproducidas. Tomamos algunas de ellas, invitando a leer el epígrafe completo: «En la Eucaristía el sacerdote se acerca personalmente al Misterio inagotable de Cristo y de su oración al Padre. El sacerdote puede sumergirse diariamente en este Misterio de Redención y de gracia celebrando la Santa Misa, que conserva sentido y valor incluso cuando, por una justa causa, se celebra sin la participación del pueblo, pero siempre y en todo caso por el pueblo y por el mundo entero. Precisamente por su vínculo indisoluble con el sacerdocio de Cristo, el presbítero es el maestro de la oración y los fieles pueden dirigir legítimamente a él la misma petición hecha un día por los discípulos a Jesús: “Enseñanos a orar”». Mas el sacerdocio ministerial requiere la conversión¹³⁷.

Por fin, el Santo Padre escribe la carta del año 2000 desde el Cenáculo de Jerusalén¹³⁸, lugar en que nació el sacerdocio¹³⁹, invitando a meditar en la Última Cena con expresiones llenas de significado¹⁴⁰. Afirma el Papa: «Desde este lugar santo me surge espontáneamente pensar en vosotros en las diversas partes del mundo, con vuestro rostro concreto, más jóvenes o más avanzados en años, en vuestros diferentes estados de ánimo: para tantos, gracias a Dios, de alegría y entusiasmo; y para otros, de dolor, cansancio y quizá de desconcierto. En todos quiero venerar la imagen de Cristo que habéis recibido con la consagración, el “carácter” que marca indeleblemente a cada uno de vosotros. Éste es signo del amor de predilección, dirigido a todo sacerdote y con el cual puede siempre contar, para continuar adelante con alegría o volver a empezar con renovado entusiasmo, con la perspectiva de una fidelidad cada vez mayor»¹⁴¹.

El número 5 de la carta trata de la persona y ministerio del presbítero dentro de la Iglesia, haciendo también memoria de los sacerdotes mártires. En

¹³⁷ Cf. Carta 1999, 6.

¹³⁸ Cf. Carta 2000, 2.5-9.11-12.15-16; Carta 2001, 16.

¹³⁹ Cf. Carta 2000, 1.

¹⁴⁰ Cf. Carta 2000, 1-3.14.

¹⁴¹ Carta 2000, 3. Cf. también el número 5 de esta misma carta del 2000.

el número 6 trata del pecado de los sacerdotes desde una perspectiva llena de esperanza y, por ello, de realismo.

En el número 7, Juan Pablo II invita a todos los sacerdotes a redescubrir el don y misterio recibidos, a partir del sacerdocio de Cristo. Enlazado con este párrafo está el siguiente (número 8), acerca del sacrificio¹⁴². Los números 10 y 11 explicitan ese sacerdocio de los presbíteros y el número 12 trata del papel del Espíritu Santo en la Eucaristía y en los Apóstoles. De la presencia eucarística y los sentimientos que provoca en el sacerdote, trata brevemente en el número 13, ampliando —en relación a esto— en el número 14 la importancia de la Eucaristía en la vida del presbítero. Las expresiones de Juan Pablo II son insistentes en estos números finales de la carta del 2000. Después de lo dicho, añade en el número 15: «¡Volvamos a descubrir nuestro sacerdocio a la luz de la Eucaristía! Hagamos redescubrir este tesoro a nuestras comunidades en la celebración diaria de la Santa Misa y, en especial, en la más solemne de la asamblea dominical. Que crezca, gracias a vuestro trabajo apostólico, el amor a Cristo presente en la Eucaristía»¹⁴³. Invita también a acrecentar, desde el Misterio eucarístico, la fraternidad y la comunión, y hace referencia al Congreso Eucarístico Internacional, que tendría lugar en Roma y cuyo tema sería «Jesucristo, único salvador del mundo, pan para nuestra vida»¹⁴⁴.

Finaliza esta Carta tan especial con el fragmento de *Didaché* 9-10. La carta de 2001 comienza con un perfil de la grandeza del Misterio del que, de modo especial, son testigos y ministros los sacerdotes: «Misterio de un amor sin límites, ya que “habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13,1); Misterio de unidad, que se derrama sobre nosotros desde la fuente de la vida trinitaria, para hacernos “uno” en el don del Espíritu (cf. Jn 17); Misterio de la divina diaconía, que lleva al Verbo hecho carne a lavar los “pies” de su criatura, indicando así en el servicio

¹⁴² Toda esta temática prosigue en el número 10.

¹⁴³ En Carta 2004, 5-6 indica la piedad eucarística como uno de los secretos de la pastoral vocacional al sacerdocio.

¹⁴⁴ Notemos la relación con la Declaración «Dominus Iesus», también del año 2000: CONGREGATIO PRO DOCTRINA FIDEI, «De Iesu Christi atque Ecclesiae unicitate et universalitate salvífica (6-VIII-2000)»: *AAS* 92 (2000) 742-765.

la clave maestra de toda relación auténtica entre los hombres: “os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros” (Jn 13,15)»¹⁴⁵. La celebración del Gran Jubileo ha sido ocasión de misericordia, y de empuje a la santidad y al apostolado. El Papa hace referencia, en esta línea, a la Carta Apostólica «Novo millennio ineunte»¹⁴⁶ para descubrir la dinámica trinitaria que nuestra vida está llamada a tener¹⁴⁷.

El número 3 recoge el agradecimiento del Santo Padre por el trabajo de los sacerdotes: «Pienso en este momento en el trabajo que desarrolláis cada día, un trabajo a menudo escondido que, si bien no aparece en las primeras páginas, hace avanzar el Reino de Dios en las conciencias. Os expreso mi admiración por este ministerio discreto, tenaz y creativo, aunque marcado a veces por las lágrimas del alma que sólo Dios ve y “recoge en su odre” (cf. Sal 55,9). Un ministerio tanto más digno de estima, cuanto más probado por las dificultades de un ambiente altamente secularizado, que expone la acción del sacerdote a la insidia del cansancio y del desaliento. Lo sabéis muy bien: este empeño cotidiano es precioso a los ojos de Dios». Así pues, este trabajo, para dar fruto, requiere la relación de intimidad con Cristo.

Entre los números 4 y 14, el Papa se centrará en el sacramento de la Confesión como uno de los aspectos de ese encuentro con el Señor. A pesar de haber experimentado variadas dificultades en el período posconciliar, el mismo Juan Pablo II quiso que fuese tema para la Asamblea del Sínodo de los Obispos de 1984, de la que resultó la Exhortación Apostólica postsinodal «Reconciliatio et paenitentia»¹⁴⁸. Pero el Papa era bien consciente de las dificultades y, aunque este sacramento brilló durante el Jubileo del año 2000, pedía una renovada audacia en proponer de nuevo su sentido y práctica¹⁴⁹. Este Sacramento es una cuestión pastoral (cuya descripción es notable en

¹⁴⁵ Cf. Carta 2001, 1.

¹⁴⁶ IOANNES PAULUS II, «Epistula Apostolica “Novo millennio ineunte” Episcopis, clero, fidelibus Magni Iubilaei anni MM sub exitum (6-I-2001)»: *AAS* 93 (2001) 266-309.

¹⁴⁷ Cf. Carta 2001, 2.

¹⁴⁸ IOANNES PAULUS II, «Adhortatio Apostolica post Synodum Episcoporum edita “Reconciliatio et paenitentia” ad Sacrorum Antistites, Sacerdotes et Christifideles: de reconciliatione et paenitentia in hodierno Ecclesiae munere (2-XII-1984)»: *AAS* 77 (1985) 185-275.

¹⁴⁹ Cf. Carta 2001, 4-5.12-14. Cf. también Carta 2002, 3.

esta carta), pero también es indispensable en la vida del sacerdote¹⁵⁰; por eso afirma: «Es importante, en este día del amor por excelencia, que sintamos la gracia del sacerdocio como una superabundancia de misericordia», pasando a explicar el contenido de ella y a poner a Pedro y a Pablo como paradigmas de quien ha experimentado la vocación como misterio de misericordia. Si el compromiso de santidad es el primer punto de una sabia programación pastoral¹⁵¹, los sacerdotes lo han de asumir con mayor empeño¹⁵², y la propia Confesión es instrumento fundamental de su santificación¹⁵³. Como complemento a este pequeño tratado sobre la Confesión en la vida del sacerdote, el número 15 presenta la necesidad de una adecuada «catequesis sobre el sentido moral y sobre el pecado, que haga tomar una conciencia más clara de las exigencias evangélicas en su radicalidad», con el fin de caminar hacia la santidad¹⁵⁴.

Al sacramento de la Reconciliación volverá en la Carta de 2002. Comienza en el número 2 tratando la íntima conexión entre el sacramento de la Eucaristía y el de la Confesión, destacando el valor propio de este último y su ordenación al que es fuente y cumbre de todos los demás. En el número 3 vuelve a poner de relieve los beneficios de la Confesión, que resumimos en esta expresión: poner al «penitente en relación con el Corazón misericordioso de Dios a través del rostro amigo de un hermano». De ahí que la celebración personal del Sacramento sea la vía ordinaria e inexcusable para su recepción¹⁵⁵. Se trata de redescubrir «con alegría y confianza este sacramento»¹⁵⁶. A este fin, explicará en los números 4 a 10 sus bondades desde las páginas evangélicas, principalmente el encuentro de Jesús con Zaqueo. Para que éste se reproduzca en cada Confesión, toda vez asegurada la acción de la gracia divina, es precisa una actuación verdaderamente crítica del confesor. Finaliza con la dolorosa constatación de los pecados de los sacerdotes, unida

¹⁵⁰ A esclarecer esta doble dimensión dedicará también la carta de 2002.

¹⁵¹ Cf. Carta 2001, 10. Esta idea programática para el tercer milenio la encontramos en: IOANNES PAULUS II, «Novo millennio ineunte» 30-31: *AAS* 93 (2001) 287-288.

¹⁵² Esta misma idea en Carta 2002, 11.

¹⁵³ Cf. Carta 2001, 6-14; Directorio 53.

¹⁵⁴ Volverá a este tema en Carta 2002, 7.

¹⁵⁵ Explicará también el porqué de esta praxis en los números siguientes.

¹⁵⁶ Cf. Carta 2002, 4.

a la acción de gracias por tantos sacerdotes beneméritos y a la petición de «que Dios, en su providencia, suscite en los corazones un generoso y renovado impulso de ese ideal de total entrega a Cristo que está en la base del ministerio sacerdotal»¹⁵⁷.

La Carta de 2004 está dedicada a la relación del sacerdote con la Eucaristía, preparando así el Año de la Eucaristía que comenzaría el mes de octubre siguiente. De ahí que contenga algunas referencias a la Encíclica «Ecclesia de Eucharistia» de reciente publicación¹⁵⁸. En particular, los números 2 y 3 explicitan la relación bidireccional Eucaristía-sacerdote con la idea del Concilio de Trento según la cual el sacerdocio ministerial «tiene su origen, vive, actúa y da frutos *de Eucharistia* (cf. Conc. Trid., Sess. XXII, can. 2: DS 1752)». También añade elementos de suma importancia pertenecientes a la teología sacerdotal: «El ministerio ordenado, que nunca puede reducirse al aspecto funcional, pues afecta al ámbito del “ser”, faculta al presbítero para actuar *in persona Christi* y culmina en el momento en que consagra el pan y el vino, repitiendo los gestos y las palabras de Jesús en la Última Cena». Este Misterio de fe hace asombrarse al Papa: la realidad de que Cristo haga presente en el tiempo su Sacrificio mediante las pobres manos del sacerdote. Este Misterio tiene su fundamento en lo que Juan Pablo II llama «apostolicidad de la Eucaristía» y que explica en los números 3 y 4¹⁵⁹. También en este número 4 (segunda parte) y en los números 5 y 6 tratará el tema de la necesidad de vocaciones sacerdotales y cómo procurarlas¹⁶⁰. Por fin, los números 7 y 8 ofrecen indicaciones sobre la oración del sacerdote, también con referencias al Año del Rosario, concluido el mes de octubre anterior.

La última carta a los sacerdotes del Santo Padre Juan Pablo II es la co-

¹⁵⁷ Cf. Carta 2002, 11.

¹⁵⁸ IOANNES PAULUS II, «Litterae Encyclicae “Ecclesiae de Eucharistia” cunctis Catholicae Ecclesiae episcopis, presbyteris et diaconis, viris et mulieribus consecratis, omnibusque christifidelibus laicis de Eucharistia eiusque necessitudine cum Ecclesia (7-IV-2003)»: *AAS* 95 (2003) 433-475.

¹⁵⁹ «“Apostolicidad de la Eucaristía” (cf. Carta enc. «Ecclesia de Eucharistia», 26-33): el sacramento eucarístico —como el de la Reconciliación— ha sido confiado por Cristo a los Apóstoles y transmitido por ellos y sus sucesores de generación en generación», prosiguiendo el Papa la explicación en esos mismos números 3 y 4.

¹⁶⁰ Cf. también Carta 2005, 7.

respondiente a 2005, en vísperas de su paso a la Casa del Padre. Constituye un comentario sacerdotal al relato de la institución eucarística, ya que «la existencia sacerdotal ha de tener, por un título especial, “forma eucarística”». No olvidemos que se estaba celebrando el Año de la Eucaristía y la palabra del Papa hacía referencias abundantes a la reciente Encíclica «Ecclesia de Eucharistia»¹⁶¹. El número 2 presenta el agradecimiento como virtud eucarística que ha de estar presente en la vida del presbítero y el número 3 presenta la propia entrega, una de cuyas máximas expresiones es la promesa de obediencia¹⁶². El número 4 está dedicado al anuncio de la salvación a todos los hombres desde el trabajo de la propia santificación sacerdotal y el número 5, en un comentario de las últimas palabras de la Consagración, exhortan al sacerdote a ser «el hombre del recuerdo fiel de Cristo y todo su Misterio». El Misterio de la fe que es aclamado después de consagrar suscita el asombro y el celo por su custodia, así como la sacralidad de la vida sacerdotal. Y concluye el Papa este número 6 con una consigna clave: «Estar ante Jesús Eucaristía, aprovechar, en cierto sentido, nuestras “soledades” para llenarlas de esta presencia, significa dar a nuestra consagración todo el calor de la intimidad con Cristo, el cual llena de gozo y sentido nuestra vida»¹⁶³.

El memorial eucarístico tiene, por ello, una dimensión escatológica que, en el caso del sacerdote, ha de ser vivida en la forma propia de la caridad pastoral: desear ver a Cristo se traduce en dejar ver a Cristo en la propia vida¹⁶⁴.

c) La Asamblea del Sínodo de los Obispos de 1990 y «Pastores dabo vobis»

La carta a los sacerdotes de 1990 explica qué características debía tener la Asamblea del Sínodo de los Obispos de 1990 y cuál era la preparación requerida: «Conviene que el Triduo Pascual de este año, de manera especial el Jueves Santo, sea un día clave para la preparación de la próxima Asamblea

¹⁶¹ Cf. Carta 2005, 1.

¹⁶² «El sacerdote debe aprender a decir también de sí mismo, con verdad y generosidad, “tomad y comed”. En efecto, su vida tiene sentido si sabe hacerse don, poniéndose a disposición de la comunidad y al servicio de todos los necesitados» (cf. Carta 2005, 3).

¹⁶³ Sobre la soledad del sacerdote, se puede ver también Directorio 97.

¹⁶⁴ Cf. Carta 2005, 7.

del Sínodo de los Obispos. Durante la fase preparatoria, que dura desde hace casi dos años, se ha pedido a los presbíteros diocesanos y religiosos que intervengan activamente y presenten observaciones, sugerencias y conclusiones. Aunque el tema atañe a la Iglesia en su conjunto, sin embargo, son los sacerdotes del mundo entero los que tienen el derecho y el deber de considerar este Sínodo como “propio”: verdaderamente, *res nostra agitur*. Y ya que todo esto es, al mismo tiempo, *res sacra*, conviene entonces que la preparación para el Sínodo se apoye no solamente sobre el intercambio de reflexiones, experiencias y sugerencias, sino que tenga también un carácter sacral. Es necesario rezar mucho por los trabajos del Sínodo. De ellos depende mucho para un ulterior proceso de renovación, iniciado con el Concilio Vaticano II. [...] El Sínodo al que nos preparamos debe tener un carácter de oración. Sus trabajos deben transcurrir en una atmósfera de oración por parte de los mismos participantes. Pero no basta. Conviene que estos trabajos estén acompañados por la oración de todos los sacerdotes de la Iglesia entera. Las reflexiones que he propuesto en el Ángelus dominical, desde hace algunas semanas, están encaminadas a suscitar esa oración»¹⁶⁵.

La mejor introducción a este magisterio «particular»¹⁶⁶ está constituida por la carta de 1991¹⁶⁷, expuesta más arriba, por lo que pasamos directamen-

¹⁶⁵ Carta 1990, 4.

¹⁶⁶ Así clasificábamos a título personal, al inicio de este artículo, documentos como «Pastores dabo vobis». No se trata, pues, de una denominación científica según la Teología fundamental.

¹⁶⁷ En esa Carta se ve cómo la Asamblea del Sínodo abordó especialmente la problemática de la identidad sacerdotal, exponiendo la verdadera y perenne: «la esencia misma del sacerdocio sacramental y, por tanto, también de la vida personal de cada sacerdote, es su participación en el misterio salvífico de Cristo: *sacerdos alter Christus*. Es ésta una expresión que nos está indicando cuán necesario sea partir de Cristo para leer la realidad sacerdotal. Solamente así podemos corresponder plenamente a la verdad sobre el sacerdote, el cual, “tomado de entre los hombres, es constituido para intervenir a favor de los hombres en sus relaciones con Dios” (Hb 5,1)» (Carta 1991, 2). Es verdadera y perenne porque es la revelada en el Evangelio y vivida por toda la tradición, asimilada por ello por el Concilio Vaticano II: «aquella que se desprende del Evangelio y de la rica tradición de la Iglesia. El magisterio del Concilio Vaticano II da expresión y, a la vez, corrobora esta tradición en el sentido de una oportuna puesta al día (*accommodata renovatio*); en este mismo rumbo se han orientado en sus intervenciones los participantes en el último Sínodo, así como los representantes de los sacerdotes, invitados de varias partes del mundo» (Carta 1991, 2).

te a sintetizar la Exhortación Apostólica postsinodal. Tal como veíamos, la problemática postconciliar sobre el sacerdocio y su identidad reclamaba una reflexión en toda la Iglesia, que renovara estos particulares y dispusiera la formación en los Seminarios para una vida y ministerios adecuados a su esencia y al momento histórico, como realmente sucedió. El documento se ha recibido como el plan marco de formación en los Seminarios, pero — aunque ésta es la pretendida presentación— resulta al lector inteligente un proyecto de vida sacerdotal y así puede entenderse también como un plan de formación¹⁶⁸. Creo que la clave que sintetiza el documento es la entrega pastoral de sí: entrega de la vida, entrega al Buen Pastor, entrega como el Buen Pastor a la comunidad de fieles confiada al cuidado.

La primera parte está dedicada a dibujar el panorama del mundo que la Iglesia tiene ante sí, especialmente el de las nuevas generaciones, entre las que se encuentran los llamados al ministerio sacerdotal (números 5 a 10). Ya la segunda parte, más interesante para nuestro objeto, se refiere a la naturaleza y misión del presbiterado (números 11 a 18). Una importancia capital, dentro de este apartado, la tienen los números 13 a 15, ya que centran la figura del sacerdote en el Sumo Sacerdote, Cabeza y Pastor de la Iglesia. El esquema teológico (eclesiológico) es claramente el de la participación, con un desarrollo cristológico (número 13), apostólico (número 14) y específicamente eclesiológico (número 15). Sitúa así el ministerio ordenado en la esencia de la Iglesia.

El personalismo teológico de Wojtyła abre la ontología sacerdotal, expuesta en clave de la eclesiología de comunión propia del Concilio Vaticano II y recogida en *Lumen gentium*¹⁶⁹, a las aportaciones que pueden enriquecer la vida y ministerio del presbítero: se trata de la espiritualidad sacerdotal que el Papa vivía y predicaba, y que recibió en sus años de formación, y que han sido las propias de numerosas generaciones de presbíteros alrededor del mundo hasta el Concilio Vaticano II aproximadamente. De este modo, sobre la espiritualidad sacerdotal reflexiona en el capítulo tercero, haciéndola bascular sobre la configuración con Cristo o, si se quiere, sobre la santidad de

¹⁶⁸ Cf. PDV 3.

¹⁶⁹ CONCILIIUM OECUMENICUM VATICANUM II, «Constitutio dogmatica “Lumen gentium”, de Ecclesia (21-XI-1964)»: *AAS* 57 (1965) 5-71.

vida. La virtud que resulta de este proceso espiritual es la caridad pastoral¹⁷⁰. La novedad aportada por Juan Pablo II como proyecto sacerdotal es la integración de los elementos teológicos y la espiritualidad en un ejercicio ministerial que busca el bien de la comunidad de fieles. De este modo, no se yuxtaponen vida y ministerio, sino que se unifican en la misión que se ha encomendado al presbítero. Se cumple así el deseo del Concilio Vaticano II al presentar la santificación del sacerdote en el ejercicio de su ministerio.

A la pastoral vocacional está dedicado el capítulo IV y —específicamente— a la formación de los candidatos al sacerdocio, el capítulo V. El capítulo VI trata la formación permanente de los ya ordenados, sirviéndose de las cuatro conocidas dimensiones de la formación inicial (humana, espiritual, intelectual y pastoral).

d) Las Catequesis de 1993

Del 31 de marzo al 29 de septiembre de este año, haciendo excepción de las propias de Semana Santa y Semana Pascual, así como las dedicadas a sintetizar los viajes apostólicos una vez realizados, Juan Pablo II dedicó sus Catequesis de los miércoles a una exposición bastante completa de la vocación sacerdotal. Se trata de breves discursos que recogen, según un esquema lógico, las principales características de esta llamada.

El del 31 de marzo toca la esencia del sacerdocio: la participación ministerial en el sacerdocio de Cristo. Como hemos visto, se trata de una de las claves que más trata Juan Pablo II en sus intervenciones. De aquí nacen las siguientes catequesis, relativas a la misión del presbítero: evangelización (21 de abril), sacramentos (5 mayo), culto eucarístico (12 mayo) y pastor de la comunidad cristiana (19 de mayo). El siguiente bloque dice relación al sacerdote como hombre de Dios: su consagración (26 de mayo), su oración (2 junio), la Eucaristía en su vida espiritual (9 junio), la devoción a la Virgen (30 de junio) y su vida de caridad (7 de julio). Otro grupo de Catequesis está dedicada a las relaciones que establece el sacerdote: celibato (17 de julio), uso de los bienes (21 de julio), relación con el mundo (28 de julio) y con el

¹⁷⁰ Cf. PDV 23. Esta línea de pensamiento será el eje de la formación espiritual de los seminaristas, que refleje en los números 45 a 50 y 57 a 59 de este mismo documento.

resto de personas (sus hermanos sacerdotes —4 de agosto y 1 de septiembre—, los Obispos —25 de agosto—, los fieles —22 de septiembre—).

e) Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros

Este documento de 1994 procede de la Congregación para el Clero, pero aparece aprobado, y por lo tanto querido, por la autoridad del Papa Juan Pablo II. Supone un apoyo a la recientemente aparecida Exhortación «Pastores dabo vobis». Resaltamos que en la actualidad existe una segunda edición de este Directorio¹⁷¹, que tiene el texto original como base, pero aparece enriquecido por el magisterio posterior de Juan Pablo II y, sobre todo, de Benedicto XVI.

El objetivo del documento es el siguiente: «no pretende ofrecer una exposición exhaustiva acerca del sacerdocio, ni quiere ser una pura y simple repetición de cuanto ha sido ya auténticamente declarado por el magisterio de la Iglesia. Éste quiere responder a los principales interrogantes —de orden doctrinal, disciplinar y pastoral— que el compromiso de la nueva evangelización plantea a los sacerdotes»¹⁷². Se trata pues de un instrumento para los sacerdotes al servicio de la nueva evangelización.

El primer capítulo (números 1 a 33) está dedicado a la identidad del presbítero¹⁷³ y el segundo a la espiritualidad sacerdotal (números 34 a 68). Sobre ella nos remitimos a los mismos comentarios que se acaban de hacer al hablar del particular en «Pastores dabo vobis». Sobre la formación permanente está desarrollado el capítulo tercero (números 69 a 97). Esta formación

¹⁷¹ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* (Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2013).

¹⁷² Directorio, introducción. Cf. también: «Tenemos el deseo de que este Directorio pueda ayudar a cada sacerdote para profundizar en la propia identidad y para incrementar la propia vida espiritual; un aliento para el ministerio y para la realización de la propia formación permanente, de la cual cada uno es el primer agente; y también un verdadero punto de referencia para un apostolado rico y auténtico en bien de la Iglesia y del mundo entero» (Directorio, introducción).

¹⁷³ El núcleo de este capítulo se encuentra en las siguientes palabras del número 6: «una participación indeleble al mismo y único sacerdocio de Cristo, en la dimensión pública de la mediación y de la autoridad, en lo que se refiere a la santificación, a la enseñanza y a la guía de todo el Pueblo de Dios».

está coloreada también por las características de la espiritualidad sacerdotal referidas.

f) El magisterio definitivo sobre la masculinidad del sacerdocio ministerial

Entramos ahora en el magisterio que llamábamos, al inicio de este artículo, « esporádico », es decir, referido a cuestiones particulares o desarrollado en intervenciones de temática pastoral relacionada. El texto que traemos a colación por su interés específico es la Carta Apostólica « *Ordinatio Sacerdotalis* »¹⁷⁴, de notable brevedad (sólo contiene cuatro párrafos), pero de un valor magisterial determinante, tanto en sí, como para el momento histórico en el que aparece, como para la reflexión de la Teología sacramental. La Carta contiene una breve historia del desarrollo de la cuestión y una más amplia justificación teológica, para terminar afirmando (número 4): « Por tanto, con el fin de alejar toda duda sobre una cuestión de gran importancia, que atañe a la misma constitución divina de la Iglesia, en virtud de mi ministerio de confirmar en la fe a los hermanos (cf. Lc 22,32), declaro que la Iglesia no tiene en modo alguno la facultad de conferir la Ordenación sacerdotal a las mujeres, y que este dictamen debe ser considerado como definitivo por todos los fieles de la Iglesia ».

¹⁷⁴ IOANNES PAULUS II, « Epistola Apostolica “*Ordinatio sacerdotalis*”, de *Sacerdotali ordinatione viris tantum reservanda* (22-V-1994) »: *AAS* 86 (1994) 545-548. Sobre el valor magisterial de esta Carta, vid.: CONGREGATIO PRO DOCTRINA FIDEI, « *Professio Fidei et iusiurandum fidelitatis in suscipiendo officio nomine Ecclesiae exercendo* »: *AAS* 81 (1989) 104-106; EAD., « *Responsio ad propositum dubium circa doctrina in Epist. Ap. “*Ordinatio Sacerdotalis*” traditam* (28-X-1995) »: *AAS* 87 (1995) 1114; EAD., « En torno a la “*Respuesta de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre la doctrina propuesta en la Carta Apostólica ‘*Ordinatio sacerdotalis*’*” ». IOANNES PAULUS II, « *Litterae Apostolicae motu proprio datae “Ad tuendam fidem” quibus normae quaedam inseruntur in Codice Iuris Canonici et in Codice Canonum Orientalium Ecclesiarum* (18-V-1998) »: *AAS* 90 (1998) 457-461; CONGREGATIO PRO DOCTRINA FIDEI, « *Professio Fidei et iusiurandum fidelitatis in suscipiendo officio nomine Ecclesiae exercendo una cum nota doctrinali adnexa* (29-VI-1998) »: *AAS* 90 (1998) 542-551.

2. LA PASTORAL SACERDOTAL DE JUAN PABLO II

A partir de lo estudiado en el itinerario magisterial, principalmente en sus cartas a los sacerdotes, podemos afirmar que sus hermanos presbíteros fueron objeto de una atención predilecta por parte de Juan Pablo II. Obligados por un título específico a la santidad, los sacerdotes son destinatarios de una tutela particular por parte de los Obispos diocesanos, pero también inexcusablemente por parte del Pastor de la Iglesia Universal, el Sumo Pontífice. Juan Pablo II cuidó con esmero esta atención en su magisterio, en su gobierno y en su oficio petrino. Santo Papa, santo Obispo, santo sacerdote, tal como la Iglesia ha declarado, conocía bien los elementos requeridos para un camino de santidad y los expuso con claridad y diligencia en su palabra y en sus escritos.

De similar manera, la pastoral vocacional al sacerdocio aparece repetidamente en sus intervenciones. Un espíritu ligero podría achacar esta iteración al deseo de prolongar en el tiempo el Orden sacerdotal, pero la confianza del Papa en la promesa de Cristo sobre la Iglesia (y, por tanto, del ministerio sacerdotal) hasta el fin de los tiempos nos lleva a destacar su rectitud de intención al querer para cada persona, y especialmente para cada joven, el descubrimiento del plan de Dios en su vida¹⁷⁵. Sus escritos y palabras movieron a muchos a este camino de discernimiento; les movieron con decisión y con éxito; les movieron con ardor y con perseverancia en el objetivo logrado. Podemos recordar a este respecto las cartas del Jueves Santo de 1982, 1985, 1986, 1991 y 2004. También lo afirmado en el número 32 del *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*. De la carta a los sacerdotes de 1982 tomamos las siguientes palabras: «¿Es lícito acaso dudar de que Tú puedas y desees dar a tu Iglesia verdaderos “administradores de los misterios de Dios” (1Co 4,1) y, sobre todo, verdaderos ministros de la Eucaristía? ¿Que Tú puedas y desees despertar en las almas de los hombres, especialmente de los jóvenes, el carisma del

¹⁷⁵ La pastoral vocacional del Papa Wojtyła no se refiere sólo a los candidatos al sacerdocio. Es admirable su predicación de la pastoral vocacional a la vida consagrada y de la pastoral vocacional matrimonial, así como su anuncio de la familia según el plan de Dios (vid. supra, comienzo de este artículo).

servicio sacerdotal, del modo como éste ha sido acogido y actuado en la Tradición de la Iglesia? ¿Que Tú puedas y quieras despertar en estas almas, junto con la aspiración al sacerdocio, la disponibilidad al don del celibato por el Reino de los Cielos, del que han dado y dan todavía hoy prueba generaciones enteras de sacerdotes en la Iglesia Católica?»¹⁷⁶.

Podríamos preguntarnos: ¿de dónde procedía la fuerza de este gigante de la Iglesia para predicar a los sacerdotes? ¿Qué energía hacía ponerse en pie a tantos jóvenes para un florecimiento de Seminarios y Casas de formación? Sin duda, la respuesta está en la vitalidad del Espíritu Santo, que anima a la Iglesia, manifestándose en Juan Pablo II a través de un magisterio que exponía, en toda su Verdad y grandeza, la Revelación divina acerca del sacramento del Orden. En general, el ministerio petrino de este Papa, acompañado por su misma vida, constituye el argumento inexcusable que le hizo un líder objeto de contradicción: seguido por multitudes y criticado, hay que afirmarlo con dolor, por ciertos grupos y personas en la Iglesia y en la sociedad.

El pontificado de Juan Pablo II engendró 27 generaciones sacerdotales que hoy siguen trabajando, con fruto y empeño en la Iglesia. El Papa polaco introdujo un cambio en la formación de los Seminarios y Casas religiosas que, no sin grandes dificultades, interrumpió una serie de ideas, acciones y costumbres contrarias o desviadas de la identidad sacerdotal. Asimismo, esta modificación, o vuelta a los orígenes fundantes —por mejor decir— trajo consigo oleadas de nuevos sacerdotes configurados por el Evangelio y la tradición eclesial, que hoy siguen trabajando en los cinco continentes con fidelidad y fecundidad en su ministerio y vida sacerdotal. Generaciones de presbíteros identificados con Cristo Sacerdote y, por ello, llenos de amor y cuidado por el rebaño que les ha sido confiado. Generaciones de sacerdotes que no han dejado de dar frutos abundantes, aunque a veces sólo conocidos por Dios, en las Parroquias que iluminan cada rincón del mundo y en los nuevos movimientos, obra del Espíritu Santo, que tanto beneficio reportan a la Iglesia.

Cuando el mundo entero veía a Juan Pablo II que, olvidado de sí, desarrollaba constantemente viajes pastorales a tantas y tantas naciones, que

¹⁷⁶ Carta 1982, 5.

se entregaba con todas sus fuerzas a cada persona y al mundo entero, y era la última luz en apagarse en la Plaza de San Pedro del Vaticano, los jóvenes y los sacerdotes no podían menos que desear seguir sus pasos y entregarse totalmente a Dios al estilo del Papa. Esta formación sacerdotal, de hecho, recibida por los que ahora son formadores de seminaristas, ha sido inicio de un estilo formativo continuado desde Juan Pablo II y que pide ser mantenido en sus líneas irrenunciables, mientras se examinan los signos de los tiempos en lo que pueden afectar a las personas y situaciones relacionadas con la formación sacerdotal.

Hemos comprobado en sus cartas el espacio que el Papa dedicaba a los jóvenes; lo conocemos también como dato de experiencia. Desde su pastoral juvenil en Polonia, Juan Pablo II conocía, tanto el ardor de los jóvenes al afrontar cualquier experiencia vital, como su capacidad de tomar decisiones grandes y libres, así como la oportunidad que constituye esta etapa de la vida para ser formado y adquirir un carácter verdaderamente humano y cristiano. Juan Pablo II conocía también el ascendiente que el Papa tenía sobre el mundo y sobre la Iglesia, y lo utilizó sabia e inteligentemente para acercar a Cristo, a través de su Vicario, a multitudes de jóvenes, capaces incluso de viajar alrededor del mundo para celebrar la fe en las Jornadas Mundiales de la Juventud. ¡Cuántas veces hemos contemplado la blanca figura del Papa entre jóvenes, mientras con una sonrisa llena de oración, conectaba con las danzas festivas y los cantos llenos de contenido! ¡Cuántas veces asentía a las frases que gritaban los jóvenes en tantos lugares después de haberles dirigido un verbo lleno de claridad y de radicalismo evangélico! Podemos decir, con toda seguridad, que Juan Pablo II decía lo que los jóvenes deseaban oír o, si lo queremos, que las ovejas conocían la voz del Buen Pastor¹⁷⁷. La declaración de su santidad de vida y su ejemplaridad para toda la Iglesia¹⁷⁸ son el refrendo luminoso de la verdad de su ministerio pastoral.

¹⁷⁷ Cf. IOANNES PAULUS II, «Novo millennio ineunte» 9: *AAS* 93 (2001) 271-272.

¹⁷⁸ Benedicto XVI lo declaró Venerable el 19 de diciembre de 2009 y Beato el 1º de mayo de 2011 (en el Domingo de la Divina Misericordia). Fue el Papa Francisco quien lo canonizó el 27 de abril de 2014.

a) *Don y Misterio. En el quincuagésimo aniversario de mi sacerdocio*

Uno de los elementos que aparece puntualmente en la predicación de Juan Pablo II sobre el sacerdocio es el propio testimonio¹⁷⁹; el recurso a la propia Ordenación y a su devenir en el ministerio marca, sin embargo, sus ideas de un modo indeleble e impactante para todos los que hemos trabajado sus documentos.

Pero, sobre todo y unido a ello, el Papa polaco quiso hacer un regalo a la Iglesia en sus bodas de oro sacerdotales. Se trata de un pequeño volumen titulado *Don y Misterio*¹⁸⁰. Juan Pablo II expone en este libro la historia de su vida, su propia vocación y testimonio sacerdotal, regalándonos así un ejemplo vivo de las palabras que nos iba ofreciendo durante su pontificado. En el mismo libro (capítulos 8 y 9) ofrece la síntesis de la identidad sacerdotal a través de los principales elementos que se han señalado ya en este artículo: participación en el Sacerdocio de Cristo, actuación *in persona Christi*, singular relación con la Eucaristía y ofrecimiento con Cristo Víctima. Todo ello insertado en el conjunto de una espiritualidad sacerdotal propia también descrita¹⁸¹.

Si tuviéramos que resumir de qué modo esta obra corona —no temporalmente— toda la predicación de Juan Pablo II sobre el sacerdocio, podríamos afirmar que este Papa amaba su sacerdocio porque amaba el sacerdocio; que el ministerio sacerdotal era algo asumido perfectamente en él en razón de su ontología sacramental y que así lo deseaba para cada sacerdote. Todavía más: Juan Pablo II gozaba de una verdadera «pasión» por su sacerdocio, deseando irradiar su misma vida sacerdotal, unido a todos los presbíteros del mundo, a los fieles de la Iglesia y a todos los hombres.

179 Cf. Carta 1979, 11; Carta 2004, 5-7.

180 JUAN PABLO II, *Don y Misterio. En el quincuagésimo aniversario de mi sacerdocio* (Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1996).

181 Vid. *supra*, al hablar de «Pastores dabo vobis».

3. CONCLUSIÓN

Hemos realizado una selección de textos magisteriales de Juan Pablo II, principalmente las cartas que dirigió durante todo su pontificado a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo. Su análisis coincide con aquél que presentan otros textos dirigidos a los sacerdotes de manera puntual o colateral. Por otro lado, el desarrollo cronológico de las ideas muestra un magisterio global y no lineal.

Los textos ofrecen también la tradición eclesial asimilada y expuesta. Una doctrina común nacida de la reflexión teológica bimilenaria y enriquecida con la espiritualidad sacerdotal propia de su formación y vida de presbítero, Obispo y Papa. Los estudios filosóficos y teológicos de Karol Wojtyła dan al cuerpo de teología sacerdotal que presenta una orientación personalista que subraya los elementos más significativos de la tradición: centralidad de la persona de Cristo en la vida sacerdotal y, más aún, participación verdadera de la persona del sacerdote en la Persona de Cristo¹⁸². Esta participación tiene una relación intrínseca con el amor de amistad entre Cristo y el sacerdote, y es posibilitada por el Espíritu Santo¹⁸³. Así el sacerdote es la presencia de Cristo en el mundo y en la historia¹⁸⁴.

Juan Pablo II es testigo y protagonista del Concilio Vaticano II¹⁸⁵ y ofrece el magisterio sacerdotal de los documentos conciliares en una hermenéutica de la continuidad. El Vaticano II supone una renovación en toda la vida eclesial que, en la teología del sacerdocio, pide una exquisita delicadeza para no desvirtuar los datos fundamentales. El Papa salva la distancia entre la realidad ontoteológica y su desenvolvimiento moral a través de una exhortación apremiante a la santidad de vida en la caridad pastoral o, si lo queremos, mediante la invitación a pedir y tener el Corazón mismo de Cristo, sede de su personalidad¹⁸⁶. La exposición que realiza Juan Pablo II goza de una fres-

¹⁸² Cf. Carta 1985, 5-6; Carta 1988, 1.8; Carta 1994, 1; Carta 1997, 5; Carta 2002, 1; Carta 2004, 2.4; Carta 2005, 1.5.

¹⁸³ Cf. Carta 2004, 3.

¹⁸⁴ Cf. PDV 15; Carta 2000, 6.11; Carta 2005, 7.

¹⁸⁵ Cf. BENEDICTO XVI, «Para el centenario»; MATEOS, *Juan Pablo II*.

¹⁸⁶ Cf. Carta 2001, 11.

cura y profundidad que reflejan la vivencia personal¹⁸⁷, elementos que se manifiestan en su continuas referencias fraternales a los sacerdotes y en el amor entrañable hacia ellos.

A cien años de su nacimiento, el Espíritu Santo ofrece un *kairós* particular aprovechable para la renovación de nuestro sacerdocio, en muchos casos gestado, nacido o vivido durante su pontificado. Aquellas palabras e intervenciones que tanto provecho nos reportaron pueden servir ahora para una vuelta al descubrimiento de la llamada. La particular ocasión de la pandemia a causa del coronavirus, que conduce a los elementos irrenunciables de nuestra vida y fe, nos ha proporcionado también ocasión de una purificación de la ontología sacerdotal. Este mismo misterioso *kairós* puede ser oportunidad para tantos sacerdotes algo desencantados o desorientados, de modo que puedan centrarse en el único elemento incommovible e indefectible: Jesucristo en sus Misterios, vivo y presente, con el que estamos llamados a configurar, de día en día, con mayor perfección. La entrega a María que Juan Pablo II vivió y ofreció nos estimule siempre en la esperanza. *Totus tuus!*

¹⁸⁷ Por ejemplo, en Carta 1994, 2, al hablar de la pastoral familiar.